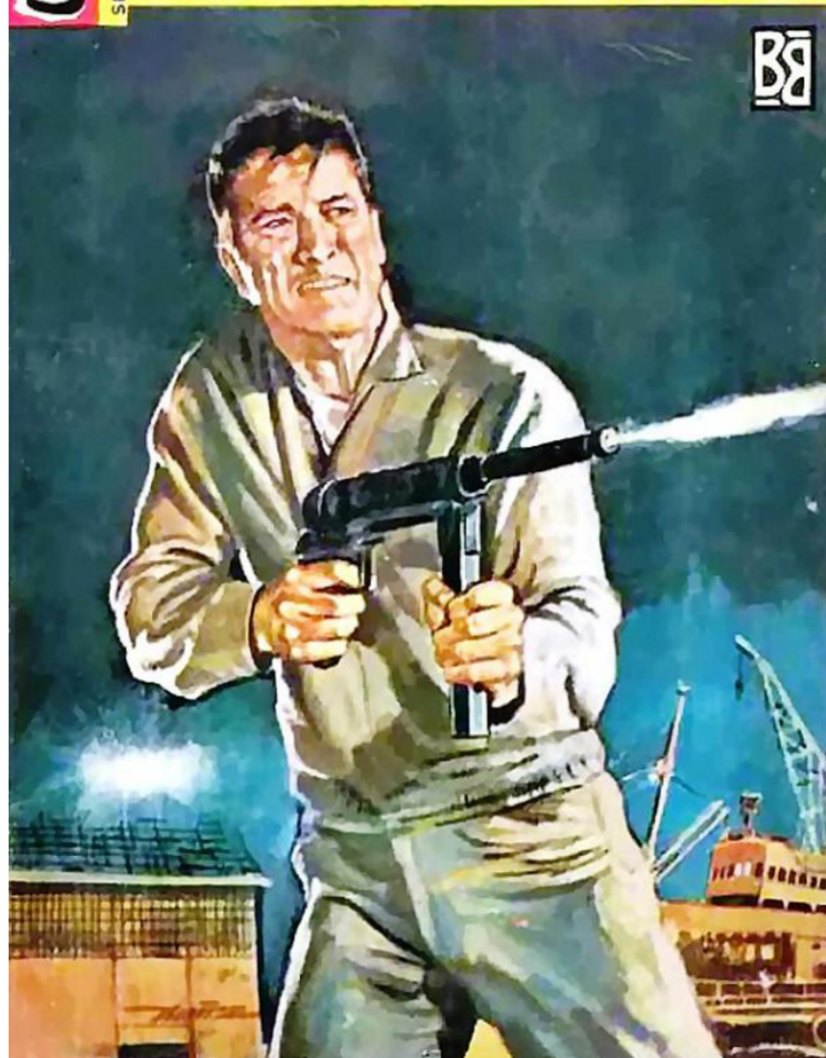

SS
SERVICIO SECRETO
CERCO EN EL VIETNAM
a. rolcest
BB



A. ROLCEST

CERCO EN EL VIETNAM

Col. SERVICIO SECRETO n.° 774
Publicación semanal
Aparece los MIERCOLES

BRUGUERA, S. A.
BARCELONA
BUENOS AIRES
BOGOTA
MEXICO
RIO DE JANEIRO



Depósito Legal B 11831 - 1965
Printed in Spain - Impreso en España

1ª edición: junio 1965

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1965

N. R. 2051/65

CAPÍTULO PRIMERO

Un rabioso círculo de fuego se prendió en unos segundos. Disparaban de todas las alturas en derredor.

No cesaba el petardeo de las ametralladoras, y balas trazadoras, lanzaderas, enloquecidas, cruzaban la urdimbre de la gruesa lluvia.

La fusilería pellizcaba la noche, asomando por las grietas de las rocas y de vez en cuando se producía la llamarada de algún proyectil de mortero.

—¡Disparad! —ordenó Henry *Spray*, oficial norteamericano.

Apenas le quedaban hombres, de una compañía compuesta por ciento treinta vietnamitas y cuatro consejeros americanos.

El momento era muy difícil. Pero, dentro de lo apurado de la situación, existía una ventaja: que aquel lujo de armas se había dado a conocer.

Desde que la noche empezó a cerrar bajo la lluvia solamente tuvieron noticia de que los guerrilleros del Vietcong los cercaban, por los altavoces, lanzando arengas a los vietnamitas para que desertaran.

El fragor de la lluvia impidió que los hombres de confianza de Henry pudieran advertir la deserción. El noventa y siete por cien de la compañía de fuerzas populares había huido.

—¡Fuego! —volvió a ordenar Henry.

Empezaron a correr de un lado a otro, poniendo en acción distintas ametralladoras. Las vainas vacías iban amontonándose junto a cada máquina.

Por tres veces contuvieron el asalto del enemigo.

—¡Hay que replegarse! —dijo Henry, cuando solamente le quedaban tres hombres, dos vietnamitas y el soldado de primera clase, Cowan—. Con la metralleta os indicaré el momento.

Soltaron unas cuantas ráfagas a la ametralladora enemiga que menos pausas hacía y la posición enmudeció.

Henry acababa de hacer con la metralleta una especie de rúbrica. Era el aviso para empezar a arrastrarse, vertiente abajo.

Salieron primero los dos vietnamitas. Luego el soldado Cowan.

Henry tanteó los cuerpos tendidos a su alrededor. Distinguió el de su compatriota, el sargento Frost.

Durante unos segundos estuvo dudando si seguir en la posición, para dar la última llamarada, o retirarse.

Se decidió por lo último. Si no conseguía llegar a la base, allí quedaban aquellos muertos y la multitud de vainas vacías junto a las ametralladoras, como prueba de que por lo menos algunos habían cumplido con la misión que se les encomendó.

Empezó a arrastrarse en la dirección en que creyó ver al soldado Cowan disparando.

—¡No debió hacerlo! —rechinó Henry.

Aunque tuvieran al enemigo encima, debían permanecer mudos, simulando estar muertos, o ser un marojo. La lluvia les favorecía ahora, todo lo que antes los perjudicó.

Pronto Henry comprobó que lo que temía había ocurrido. Encontró a Cowan de bruces, con la cabeza hundida en el barro.

Le desabrochó el capote impermeable, una vez lo hubo puesto cara arriba. Cowan abrió los ojos.

—¡Déjeme!

—¡Agárrate a mí! —le indicó Henry.

Las armas enemigas seguían batiendo en todas direcciones, como obsesionadas en acabar a cuchillazos con aquella urdimbre de lluvia que tenazmente pendía de lo alto.

Henry, echándose a la espalda al soldado Cowan, siguió vertiente abajo. Varias veces en torno suyo oyó el silbar de los proyectiles, pero ni una sola vez se detuvo.

Súbitamente, una actitud fatalista, o una pavorosa indiferencia se había apoderado de él. Nada le importaba ya. Quedar acribillado en el barro o llegar a la base, le daba lo mismo.

Así fue cómo, llevando a la espalda al soldado Cowan, apareció a media mañana frente a una patrulla recién salida de un helicóptero.

El azar hizo que en aquellos momentos hubiese una máquina fotográfica cerca. Y un oído atento, el de un corresponsal de guerra, que oyó a Henry *Spray*, en el momento de dejar en manos de

compatriotas al herido.

Fue al preguntarle el que mandaba la patrulla:

—¿Qué ha ocurrido en su unidad, capitán?

—Nada. Un ensayo del Mando.

—¿Un ensayo? ¿Usted no viene de la colina
F-4?

—Sí. Y el ensayo ha consistido en enviarnos allí con orden de mantener nuestras armas cogidas por el cañón, apuntándonos a nosotros mismos para ver qué pasaba. Y esto ha ocurrido: salvo error, quedamos el soldado Cowan y yo.

Antes de que amaneciera cesó la lluvia. Había un cielo alto y los helicópteros se hallaban desde buena mañana en acción.

—No le entiendo, capitán —dijo el jefe de la patrulla.

Ya estaban haciendo una cura preventiva a Cowan.

—Veremos si el Mando lo entiende —contestó Henry, encendiendo el cigarrillo que acababan de ofrecerle.

—Otras patrullas están confluyendo en la colina
F-4.
Anoche se recibieron llamadas desesperadas.

Henry lo miró extrañado.

—¿De mi posición? No ordené ninguna llamada. La haría el enemigo. De no haber temporal anoche, quizá el enemigo estaría todavía por estos alrededores, esperándoles.

El jefe de la patrulla hizo una llamada por radio. Al poco llegaba un helicóptero.

—¿Cree que quedarán supervivientes en la posición?

—No —contestó Henry—. El coger el arma por el cañón deja pocas posibilidades de sobrevivir.

El oído atento del corresponsal Dave Nack iba recogiendo. Cuando en el helicóptero se marcharon Henry y el soldado Cowan, el corresponsal siguió en la patrulla con el propósito de visitar la posición abandonada.

El testimonio que Henry mencionó la noche anterior surtió efecto. Cuando llegaron a la colina
F-4
quedaron impresionados por la cantidad de municiones gastadas en el centro de la posición, mientras que en los parapetos exteriores no se advertía ni un solo cartucho vacio.

Le dieron el tiempo preciso para quitarse el barro de encima. Apenas salir de la ducha, un teniente le anunció:

—Le esperan, capitán —y señaló una puerta situada al final del corredor.

Se hallaba en un hospital de las fuerzas especiales americanas en Saigón.

El teniente lo acompañó hasta la puerta, llamó, y desde dentro autorizaron:

—¡Pase!

El teniente se quedó fuera, guardando la entrada. Dentro de la habitación, sentados a una larga mesa, se encontraban un militar de alta graduación y un hombre de cabellos grises que vestía de paisano.

Henry saludó militarmente. Tenía ante sí al comandante de su sector, el coronel Bowman.

Al otro lo conocía por haberlo visto algunas veces en las conferencias del Estado mayor. Sabía que estaba metido en el Servicio Secreto.

Ahora el coronel Bowman lo presentó:

—El inspector Hoyt.

Indicó a Henry que se sentara. El coronel sacó un papel de una carpeta.

—Ya hemos recibido el primer informe de los que han inspeccionado la colina
F-4.
Convendría que ahora nos diera usted el suyo.

Henry iba a empezar cuando el coronel le indicó con la mano que esperara, mientras se inclinaba a escuchar algo que el inspector del Servicio Secreto le decía muy bajo.

—Antes que nada, capitán *Spray*, quisiéramos que nos explicara por qué dejó la base de entrenamiento y ocupó la colina
F-4.

Henry lo miró extrañado.

—No comprendo, señor.

—Sí, por qué la ocupó. Esa posición la abandonamos hace ocho días, por conveniencias tácticas. Es de suponer que se lo ordenaron.

—¡Naturalmente!

—¿Quién le dio esa orden?

De nuevo se encontraba con la pregunta absurda del principio.

—Esa orden me la dieron en el puesto de Mando.

—¿Por escrito?

—Por escrito, con sello y firma del jefe del sector: usted, señor.

El coronel permaneció impasible.

—¿Puede enseñarme esa orden?

Henry hizo una mueca.

—Cuando anoche dejé la posición, sólo había dos supervivientes: el soldado Cowan y yo, señor. Y a nuestro alrededor un infierno. Lamento no haberme entretenido en buscar en el barro de nuestras chabolas destruidas, hasta dar con la que yo tenía mis papeles…

Se le escapaba un tono sarcástico que, contra lo que Henry esperaba, no indignó al coronel ni al inspector.

—¿Qué fue de su compañía?

—¡Desertó!

El coronel y el inspector se miraron.

—Su compañía estaba integrada por fuerzas populares. Usted no desconoce que son una especie de guardia nacional.

Henry esbozó una amarga sonrisa.

—¿Quiere que sigamos engañándonos, señor? A la primera oportunidad sueltan las armas y desaparecen. Lo extraño es que no dispararan contra nosotros. Los altavoces del enemigo fueron bastante concretos anoche. «Nosotros únicamente queremos matar a los americanos», esto machacaban insistentemente. «Los demás que suelten las armas y que se marchen».

El coronel y el inspector Hoyt permanecieron unos instantes con la cabeza inclinada, pensativos.

—La orden que usted recibió era falsa. Sello y firma falsos. ¿Por qué no intentó confirmarla por teléfono? —preguntó el coronel.

—La orden recalcaba la máxima urgencia y secreto. Se me entregó cuando acababa de recibir un informe de que el Vietcong estaba atacando la pista de aterrizaje de su puesto de mando, señor. ¿Es cierto que hubo ese ataque?

El coronel asintió con un movimiento de cabeza.

—Pero no fue nada… ¿Recuerda quién le dio la orden?

—La recibió uno de mis soldados…

—¿El que ha traído usted?

—No. Éste es Cowan. La orden me la entregó Ewing.

El coronel y el inspector volvieron a mirarse.

—¿Dónde se encuentra? —preguntó el jefe.

—Supongo que en la posición, muerto.

—Según el informe que he recibido allí solamente se ha encontrado el cadáver del sargento Frost. Los demás son todos survietnamitas.

Ahora Henry sí pareció hondamente afectado.

—¡En alguna parte estará su cadáver! ¡No es posible que…!

No concluyó de decirlo.

—¿Qué es lo que usted considera imposible? —preguntó el del Servicio Secreto.

—No sé… Si se encontrara su cadáver fuera de la posición, resultaría extraño. El soldado Ewing era uno de los más disciplinados. Y yo no di orden de salir del parapeto central hasta que solamente éramos cuatro, dos indígenas, el soldado Cowan y yo.

El inspector miró con asombro a Henry.

—¿Solamente quedaron cuatro, aguantando?

—Algunos más. Nos entregamos a un desesperado juego, de manejar varias ametralladoras a la vez. Parecíamos ratas saltando de un lado del parapeto al otro, para hacer funcionar las máquinas. —Henry cerró los ojos unos momentos, como si sintiera vahídos—. ¡No podré olvidar esos minutos en que nos tropezábamos bajo la lluvia, corriendo de una ametralladora a otra! —Y en tono más apagado, agregó—: Poco a poco nuestros movimientos iban siendo más libres. Si tropezábamos, era con los pies al dar con los muertos…

Siguió un prolongado silencio. El inspector Hoyt permanecía revolviendo unos papeles que tenía en una carpeta.

—Desde hace algún tiempo teníamos sospechas de que en su grupo había un elemento al servicio del enemigo —dijo el del Servicio Secreto—. La duda nos ha mantenido inactivos… Pero ahora ya tenemos la certeza.

—¿Un poco tarde? —preguntó Henry, mordaz.

—Sí. Un poco tarde —admitió el inspector—. Si no aparece Ewing, vivo o muerto…

—¿De él sospechan?

El inspector sacó una cartulina de la carpeta.

—Tenemos la ficha de ese soldado. Cuando se enroló en el ejército expedicionario, ya estaba atrapado por el hampa. Ha utilizado varios nombres estando al servicio del Sindicato del Crimen. Solamente al ingresar en el ejército empleó el verdadero nombre. Antes de que fuera destinado a su grupo, lo utilizamos nosotros —concluyó el inspector.

—¿A Ewing en el contraespionaje? —preguntó Henry, sorprendido.

—¿Qué le extraña?

—Creo que era el hombre menos adecuado. Por nada se azoraba.

—Estando en su grupo. Tenemos pruebas de que en cada sitio sabía adoptar una determinada actitud. Tanto en Saigón como en otras ciudades de esta parte del país, Ewing ha interpretado infinidad de papeles, según el sitio en que se desenvolvía.

Henry no podía ocultar su estupor. Estaba convencido de que el soldado Ewing, durante el tiempo que estuvo a sus órdenes, se desenvolvió con sincera humildad, más bien apocamiento.

—No me imagino a Ewing, con sólo cambiar de sitio, pudiera transfigurarse tan radicalmente como usted me da a entender.

—Cuando Ewing estaba a sus órdenes, se bailaba asustado. Temía un golpe nuestro, más que del enemigo.

—¿A qué se debió que él dejara de prestarles servicios?

—Nos rogó que lo trasladáramos a un campo de instrucción… Nos aseguró que ya estaba demasiado «quemado» y que el enemigo, de un momento a otro, lo acuchillaría.

El coronel se había levantado, poniéndose a pasear, pensativo.

—¿Con quién de ustedes tres intimó Ewing? —preguntó el coronel.

—Intimar, creo que con nadie. Era el más nuevo del grupo.

—Hace unos días les concedí un permiso. Los cuatro bajaron a Saigón. ¿Qué hicieron? ¿Se separaron los cuatro?

Henry quedó unos instantes pensativo. De pronto se levantó.

—¡Espere!… Ahora recuerdo que Cowan se fue con Ewing, y al regreso, cuando nos reunimos para volver a la base, Cowan maldecía haber ido con él.

—¿No dijo a dónde fueron?

—No. Ni creímos interesante averiguarlo. El sargento Frost y yo estábamos demasiado ocupados por algo que habíamos presenciado

en plena calle.

—¿Alguna algarada de estudiantes y budistas? —preguntó el inspector, con naturalidad.

—Peor: cómo se prendía fuego un bonzo.

El coronel le miró fijamente.

—¿Qué dedujo de ese fanatismo?

Henry se encogió de hombros.

—Ya no sé qué pensar. Esa mística o embriaguez que entonces me pareció exclusiva de los orientales, parece que hay momentos en que los occidentales también pasamos por ese estado.

Y recordó el momento en que bajo la lluvia de proyectiles y agua emprendió la vertiente de la colina, con el compañero a cuestas, indiferente a todo, dándole lo mismo morir en el barro que llegar a la base.

Sin darse cuenta su rostro había ido contrayéndose. De pronto toda la juventud de su cara, incluso el vigor de sus miembros, dio el efecto de que desaparecían.

—Está usted agotado, capitán… Tenemos mucho que hablar de este asunto —dijo el coronel—. Pero podemos aplazarlo para otro momento. Mientras tanto daremos tiempo a que nos presenten un informe detallado de todo lo encontrado en la colina
F-4.
Su habitación aquí estará contigua a la del soldado Cowan. Habrá una puerta de paso. Conviene que usted charle con él, tan pronto se reponga. Y lleve la conversación hacia el día del permiso. De lo que Ewing hizo en Saigón.

—¿He de darle a entender a Cowan que se sospecha de Ewing?

—No conviene —contestó rápidamente el inspector.

Momentos después Henry era conducido a la habitación en la que tendría que permanecer varios días, hasta que Cowan se encontrara en condiciones de hablar.

Al tercer día el soldado recobró el conocimiento, Henry estaba a su lado, fumando un cigarrillo, abstraído.

Intentó hablar, mirando a su superior.

—Habrá tiempo para todo —le dijo Henry.

Estuvo un rato junto al herido. Cuando lo vio dormido se retiró a su habitación.

Al momento entraban el coronel Bowman y el inspector.

—¡No podrá usted quejarse por falta de publicidad, capitán! —dijo el coronel, tirando sobre el lecho de Henry varios periódicos.

Sin esperar respuesta fue a la puerta de paso, que se hallaba entornada, y la abrió. Vio que Cowan dormía y cerró.

Henry estaba mirando los periódicos. En primera página iba la fotografía en la que aparecía Henry llevando a la espalda al soldado Cowan.

—¡Mire ese titular! —indicó el coronel, señalando uno de los periódicos.

COGIENDO EL FUSIL POR EL CAÑÓN
Nueva táctica ensayada en Vietnam del Sur.

—Después lea lo que sigue —indicó el inspector.

Los dos esperaron observando a Henry. Éste leía sin alterar el gesto. Sin embargo, el texto le nombraba, ponía en boca suya, comentarios despectivos hacia el mando.

—¿Dijo usted eso? —preguntó el coronel, no pudiendo aguantar más.

—Quizá con otras palabras… Fue en el momento en que me encontré con una de nuestras patrullas. —Haciendo un gesto irónico, agregó—: Quizá no tengamos a tiempo una ametralladora de refuerzo, pero nunca nos faltará una máquina fotográfica que nos capta en las actitudes más inesperadas. ¿Dónde demonios se encontraba este fotógrafo?

—No debía estar muy lejos de usted cuando sacó esta foto. Se trata del corresponsal Dave Nack. Iba en la patrulla que encontró a usted. ¿Por qué no se guardó esos comentarios para momento más oportuno?

—Disculpe, señor. Pero en el instante en que me encontré con la patrulla yo no me hallaba en condiciones de reparar en máquinas fotográficas, y menos todavía en oídos indiscretos. Lo que me extraña es que la crónica de ese corresponsal no haya pasado por el «colador»…

—No podemos hacerlo. El periodista Dave Nack está apoyado por un grupo de senadores que no comparte la táctica adoptada por el presidente. Si hubiéramos vetado el envío de su crónica, le habríamos dado materia para una serie de trabajos a cuál más

deprimente. Ese periodista ha estado hoy en mi despacho y ha solicitado autorización para entrevistarse con usted. Y yo se la he concedido. Así que mañana lo tendrá aquí.

—¡Lo mandaré al diablo!

—Lo recibirá —dijo el coronel.

Henry se quedó mirándolo, sorprendido.

—¿Es una orden?

—Una orden sería contraproducente en este caso, capitán. El inspector le dirá por qué.

—Deseamos su colaboración. Queremos que se gane la confianza de ese corresponsal. Y que si le invita a acompañarle por la ciudad, usted acepte. No se trata de que usted espíe al periodista, ni de que nos informe contra él. Simplemente que lo acompañe. Tenemos motivos para pensar que Dave Nack desea su compañía. Aparte de los reportajes, él persigue algo más.

CAPÍTULO II

Al día siguiente un hombre de unos treinta y cinco años, con aspecto de turista, máquina de fotografiar colgando del hombro, entró en la habitación de Henry.

—Me firmo Dave Nack. Por casa llevo otro nombre, pero no creo que a usted le interese mucho.

Hablando le tendió la mano. Henry se la estrechó.

—Creo que debo estarle agradecido —dijo el capitán.

—¿Por qué?

—Su fotografía fue tomada muy a tiempo. Quizá demasiado. Algunos van a creer que fue cosa preparada.

—¿Para qué? —preguntó el corresponsal, con expresión risueña.

—Para justificar el abandono de la colina.

—¡Qué tontería! Si hubieran perecido todos, muchos hubieran dudado que el noventa y siete por ciento de su compañía desertara. Es una píldora que todos tenemos en la boca y que nos resistimos a tragar. Hay deserciones en masa. Tenemos a un enemigo tras cualquier sonrisa cortés. Ir por la calle hablando alto con acento yanqui, es ponerse de pie en el borde de un parapeto, provocando el disparo. ¿Está de acuerdo conmigo?

—Yo me debo a una disciplina.

—¡Maldito lo que le importó cuando lo encontramos! —Dave Nack hizo una mueca. Luego rompió a reír—. La sinceridad surge cuando nos pisan el callo. En estos momentos, ¿dispone usted de libertad de acción? Quiero decir si puede salir de este hospital cuando se le antoje.

—Dispongo de un permiso indefinido.

—¿Cómo premio?

—¡Quién sabe! Todavía se está investigando…

El periodista rompió a reír.

—¡No pretenda hacerse la víctima, capitán *Spray*! Soy testigo de

que en esa maldita colina usted actuó como un hombre tocado por la suerte. Únicamente se encontraron cadáveres en el centro de la posición. Está bien claro que lo abandonaron… Lo del permiso se debe tanto a concederle un descanso merecido, como a facilitar que usted y yo podamos desenvolvernos en la retaguardia… ¿Qué diablos digo retaguardia? Saigón, como cualquier otra ciudad, es peor que una primera línea. ¿Le anunciaron mi visita?

Henry asintió, observando con aire divertido los visajes que el periodista solía hacer. Era un tipo muy nervioso y a cada momento estaba parpadeando.

—¿Qué pretende usted de mí?

—Que me acompañe a determinados sitios que recorría su subordinado Ewing, por otro nombre, «Stowe». Con ese nombre lo conocí en San Francisco… Sé que ha utilizado otros…

Henry no pudo contener una exclamación de cólera.

—¡No me explico cómo nuestro Servicio Secreto pudo admitir a un individuo así!

—Convenía utilizarlo. ¿Es que no se lo ha dicho el inspector Hoyt? Se le daba información falsa, o de poca importancia. Como contrapartida Ewing traía noticias que algunas veces resultaban muy valiosas. Su último servicio fue traer un croquis sobre el emplazamiento de un arsenal de los guerrilleros. A las pocas horas los paracaidistas ya lo habían destruido… —Hizo una pausa, y otra mueca—. Claro que… no se sabe para quién resultó beneficiosa la operación —siguió el periodista—. Perdimos tres helicópteros y sufrimos algunas bajas. Cualquiera diría que nos estaban esperando.

Henry permanecía atento a lo que ocurría en la habitación donde se encontraba el soldado Cowan. Acababa de entrar la enfermera y permanecía inclinada sobre el herido, hablándole muy bajo.

—Le estoy estorbando —dijo el periodista—. Y yo tengo trabajo. ¿Podremos vernos este atardecer? En este bar.

Se lo dio escrito en la hoja de un bloc. Después de leerlo Henry preguntó:

—¿Por dónde para esto?

—Su subordinado Cowan lo sabe —contestó el periodista, indicando con el gesto la otra habitación—. Él fue con Ewing a ese bar, el día que estuvieron de permiso.

Henry lo miró fijamente, un poco molesto.

—¡No me gusta jugar al escondite! Si quiere que le acompañe, dígame antes qué pretende de mí.

—¡Qué más quisiera yo que poder decírselo! —contestó el periodista—. Sólo puedo adelantarle que tanto usted como yo vamos a correr peligro en nuestras incursiones nocturnas por la capital. Vaya armado. Bien armado… Su temple y habilidad para manejar las armas de fuego harán mucha falta… Hasta más tarde, capitán.

Y el periodista, asentándose sobre el hombro la correa de la máquina de fotografiar, salió de la habitación.

Henry tardó unos momentos en pasar a la habitación de Cowan. El herido estaba tomando alimentos, con la ayuda de la enfermera.

Cuando entró, Cowan dirigió una mirada de gratitud a su capitán. Al poco de marcharse la enfermera, dijo Henry:

—Vas a hablar lo preciso, Cowan. El día que tuvimos el último permiso, tú te fuiste con Ewing. Creo recordar que uno de los dos dijo que estuvisteis en determinado bar… Espera que recuerde el nombre…

Cuando faltaba poco para llegar al bar donde debía esperarle el periodista, una muchacha envuelta en un impermeable, con el capuchón caído sobre la cara, se le colocó delante:

—¡Invíteme a un *whisky*, capitán *Spray*! —le dijo en ingles, con acento yanqui, muy bajo—. Le estoy apuntando con una pistola. Quítemela. Nos están observando…

Caía una fuerte lluvia. Desde que salió del hospital, Henry acariciaba en el fondo del bolsillo del impermeable un arma de fuego.

Antes de que la desconocida le anunciara que le estaba apuntando, el instinto ya le dio la voz de alarma. Y su mano izquierda aferró la muñeca de la mujer.

Tan bruscamente lo hizo que salió un disparo. El proyectil dio en el barro de la calle.

Henry no pensó que el disparo podía haberse escapado. Le retorció la muñeca y con la otra mano le arrebató el arma.

—¡Maldito penco!

Mientras la agarraba fuertemente de un brazo, con el arma que le había quitado apuntó a las casas de la otra acera, sumidas en la

oscuridad.

Nada se movió. Ni se oyó el menor ruido.

—¡Ahora sabrás…!

La empujó, obligándola a correr. La mujer no ofreció la menor resistencia.

Faltando poco para llegar al bar donde lo había citado el periodista, preguntó:

—¿Qué clase de bicho eres? ¡Entra ahí! ¡Vas a tomar un *whisky* que puede ser el último!

Ya dentro del bar, Henry tuvo de nuevo ocasión de recordar que la Prensa hablaba de él.

La mujer que él llevaba del brazo seguía con el capuchón inclinado sobre la cara, y nadie podía deducir que se trataba de una occidental.

Al entrar con ella, Henry se encontró con la mirada de algunos oficiales sentados alrededor de una pequeña mesa sobre la que se veía una botella de licor, algunos vasos y un periódico.

El periódico lo reconoció enseguida. Y al encontrarse con la mirada expectante de sus compatriotas, dijo para sí: «Lo que menos les importa es la mujer que me acompaña…»

Debía ser muy joven a juzgar por el timbre de voz y por la ligereza con que se movía.

—Nos sentaremos en aquel rincón —dijo a su acompañante.

Ella no contestó. Cuando se sentaron, ella eligió una silla que le permitía quedar de espaldas a cuántos había en el local.

Apenas sentarse, se echó el capuchón hacia atrás. Se abrió el impermeable y Henry pudo apreciar que llevaba un vestido muy sugerente, de amplio escote que dejaba ver la línea del seno.

Su cabellera era rojiza, muy ondulada. Unos labios gordezuelos de encendido rojo, y una nariz recta. Pero lo que se sobreponía a todos los rasgos de su bonito rostro era unos ojos grandes, grises, de inusitado brillo.

En aquellos momentos parecían mirar asustados.

El camarero se acercó, un vietnamita de edad avanzada.

—Dos *whiskies* —dijo Henry.

Cuando el empicado se alejó, Henry siguió observando a su acompañante. Le pareció muy joven.

—¿Qué demonios se te ha perdido en este manicomio? Si eres

una
«taxi-girl»,
has podido elegir ciudades más tranquilas que las de aquí. Si eres el cebo de alguna pandilla…

La muchacha hizo un movimiento como si fuera a levantarse.

—No te muevas —le ordenó Henry, ya mirando para otro sitio —. Tranquilízate… Me doy cuenta de que has podido disparar y no lo has hecho. Incluso creo que me has avisado.

—¿Lo duda? —preguntó con ironía.

En ese momento llegó el camarero con el servicio. Apenas dejar los vasos sobre la mesa, la joven cogió uno y sin esperar que Henry cogiera el suyo, se puso a beber, con ansia.

Las manos de la joven eran finas y bien formadas. Maquinalmente Henry sacó un paquete de cigarrillos y ofreció.

Cuando ella alargó una mano, temblaba. Con un hábil movimiento hizo que saltara un cigarrillo y antes de que cayera sobre la mesa, lo cogió, y se lo puso en los labios.

Así permaneció unos momentos, con la vista baja, como ensimismada.

Henry le ofreció una cerilla encendida y ella adelantó un poco el busto, para acercar el cigarrillo a la llama.

—Empieza por decirme quién eres —indicó Henry, al tiempo que cogió el vaso y apuraba unos sorbos.

La muchacha succionaba el cigarrillo con verdadera fruición. Pareció no oír a Henry, y éste apremió:

—¿Cómo te llamas?

—¿Qué puede importar eso? —contestó bruscamente—. ¡Ofrézcame otro *whisky*! Lo necesito.

—También yo —y apuró el vaso, haciendo seña al camarero para que les sirviera de nuevo.

Henry no cesaba de contemplar los maravillosos ojos de la joven, que por momentos adquirían un brillo más fuerte. Al servir los nuevos *whiskies*, ella volvió a coger el vaso sin esperar a que él lo hiciera.

—Quieta… Parece que pretendas ganar tiempo, o «escaparte» en la embriaguez —dijo Henry—. Necesito que me digas quién eres, antes de que llegue un amigo…

—¿El corresponsal Dave Nack? —La joven hizo un gesto de

burla y declaró—: No lo espere… A estas horas él está observando un hotel medio en ruinas que ha sido volado hace apenas una hora.

Los atentados y actos de sabotaje en Saigón y otras capitales de provincia estaban a la orden del día.

Los oficiales que se encontraban en otra mesa ya se habían dado cuenta de que Henry iba acompañado por una occidental muy joven. Uno de los oficiales había cogido el periódico, para dirigirle una ojeada.

Henry echó el cuerpo hacia atrás para abarcar mejor con la mirada a la muchacha. La miró de una manera sucia, brutal, como si la desnudara a zarpazos.

—¡Buen truco el hacer que nuestros compatriotas nos vean juntos!

Su mirada y su risa surtieron el efecto de un latigazo que sacó a la joven de su abstracción. Pareció revolverse como una fiera acorralada.

—¿Qué supone?

Toda ella era un estallido de ira, de protesta. Alentaba con fuerza y sus labios temblaban.

En ningún otro momento le pareció a Henry más hermosa. Y se alegró de su reacción, pues acababa de encontrar cuál era el medio de sacarla de aquella enigmática y exasperante actitud.

—¿Qué piensas que debo suponer? A estas horas muchos compañeros de armas estarán pensando de mí que soy un truquista. Que abandoné la posición que estaba a mi cargo sin preocuparme de los que dependían de mí. Y que ahora paseo mí «buena suerte» yendo del brazo de una muchacha como tú.

Súbitamente el temblor que se apreciaba en los labios de la joven desapareció. Los rasgos de su rostro perdieron toda violencia. Incluso el brillo de sus ojos dejó de ser hiriente.

—¿No cree usted que ha corrido peligro de muerte, al pararle yo en la calle?

—¿Por tu pistola?

—No. Por muchas armas que con toda seguridad estaban acechando en la sombra. A estas horas es usted más popular de lo que imagina, capitán *Spray*.

Hacía unos momentos que los oficiales se habían marchado. El bar mantenía media puerta cerrada.

—Debemos irnos —dijo Henry.

La lluvia seguía ametrallando la calle.

Pronto las callejuelas de aquella zona de Saigón se convertirían en meros pasadizos por dónde constantemente discurrían las patrullas de vigilancia.

En tanto Henry liquidaba la cuenta, la muchacha se puso en pie, abrochándose el impermeable, volviendo a ponerse el capuchón, que apresó su ondulada cabellera cobriza.

A Henry le pareció ahora mucho más esbelta. La cogió de un brazo y salieron del local. Un brutal coletazo de viento por poco derriba a la muchacha, un momento en que Henry la soltó.

—¿No te interesa saber a dónde te llevo? —preguntó él, cuando la hubo cogido de nuevo.

—Usted está deseando que yo tome la iniciativa —contestó ella —. Nada ganaría con llevarme a sus superiores. ¿Qué cargos podría aducir contra mí?

—¿Salirme al paso para apuntarme con un arma te parece insignificante?…

—El por qué le he salido al paso es lo que a usted le intriga.

De la oscuridad surgieron varios disparos. Varios proyectiles silbaron sobre los dos. Henry volvió a agarrarla fuertemente de un brazo, mientras con la otra mano empuñaba la pistola.

Vio los fogonazos del enemigo. Iba a contestar cuando pensó que los que disparaban lo hacían tanto contra él como contra la muchacha.

—¡Aprieta el paso! —le indicó, sin soltarla, echando casi a correr.

—¡Estamos cerca del sitio que interesa! —contestó ella, con entonación emocionada.

Pasaron a otra calle. Ante una puerta ella frenó el naso.

—¡Aquí estaremos seguros, capitán! Traigo llave…

En aquel momento, un «*jeep*» asomó por el final de la calle. Tal vez, habían oído los disparos.

La puerta quedó abierta y ambos entraron. Pero Henry permaneció sosteniendo la puerta entornada, observando afuera, mientras sujetaba a la joven. Enseguida cerró. El «*jeep*» se acercaba.

Con las dos manos sujetó a la muchacha, teniéndola tan junto a él que podía advertir sus palpitaciones. Rozó con su cara el rostro

de la muchacha y lo notó frío.

Le buscó los labios. La muchacha los cerró firmemente, pero sin mover la cabeza para esquivar el beso.

—¿No es para que te acaricie para lo que me has traído aquí? —preguntó, irónico.

Se hallaban completamente a oscuras y en aquel momento una raya de luz se filtró por debajo de la puerta. Al mismo tiempo se oyó el vibrar de un motor.

El «*jeep*» pasaba lento, dejando oír las conversaciones de los que iban dentro.

Henry y la muchacha siguieron juntos. La respiración de ella por momentos era más acelerada.

Acababa de extinguirse la raya de luz cuando apareció de nuevo. Se advirtió que el vehículo daba la vuelta y emprendía el regreso.

—Enciende la luz —indicó Henry.

—Aquí abajo no hay.

—¿Y arriba?

—Sí.

Henry rió apagadamente.

—Y también una trampa.

—Nadie hay en casa… Aquí debemos esperar.

—¿A quién?

—A una mujer. A usted le interesa hablar con ella, tanto como a mí. Ella estaba en contacto con ese soldado que se da por desaparecido. Me refiero a Ewing.

Henry empezó a maldecir para sus adentros. No creía que el periodista hubiese delegado en aquella extraña muchacha, simplemente porque había surgido un asunto periodístico con el sabotaje al hotel.

—¡Dime de una vez quién te ha mandado que me salieras al paso!

—La mujer que vendrá luego. Por ella supe que usted estaba citado con el periodista.

Henry comprendió que allí en el patio, envueltos por la oscuridad, no era sitio adecuado para pedirle explicaciones. Lo primero era reconocer la casa, hasta en sus menores rincones.

—Comprobaremos enseguida si hay alguien aquí. No te separes de mí lo más mínimo. Al menor movimiento sospechoso dispararé,

no lo dudes.

Ella pareció convencida de que Henry lo haría, porque durante el tiempo que emplearon subiendo, apenas despegó su cintura del cañón de la pistola.

A los dos tramos la joven dijo:

—Aquí… ¿Puedo sacar la llave?

—Hazlo.

Se oyó el tanteo del llavín sobre la cerradura. La puerta se abrió de golpe, empujada por un pie de Henry.

Alumbrándose con una cerilla cruzaron un largo pasillo.

—Aquí hay una lámpara de petróleo —dijo la muchacha, indicando una puerta.

—¿No hay luz eléctrica?

—Hubo hasta hace unos días. Cerca de aquí se produjo un sabotaje y destrozaron la línea que suministra a estas casas.

Henry encendió otro fósforo, reprochándose no haberse provisto de una lámpara automática. Sobre una mesita estaba el quinqué.

Ya encendido, ella lo cogió, para acompañar a Henry a la inspección de todos los departamentos. El mobiliario no era muy abundante, pero todo de estilo occidental, muy moderno.

Al salir de la habitación la muchacha se quedó mirando el suelo.

—¡Mire!

Indicaba pisadas recientes. Las manchas de barro se mezclaban con las que habían producido los pies de la pareja. Se perdían pasillo adelante.

Henry volvió a empuñar el arma e indicó a la muchacha que lo siguiera. Ahora, con la protección que el oficial le ofrecía con su cuerpo parecía que el recelo hacia ella había desaparecido, o por lo menos se había atenuado.

El pasadizo torcía a la izquierda. La primera habitación tenía la puerta abierta.

Henry, sin haber visto bien lo que dentro había, retrocedió un paso.

—Dame el quinqué.

Temía que la sorpresa hiciera que la muchacha soltara la lámpara. Una mujer de cabello endrino estaba sentada ante una mesita, con la cabeza volcada contra los dos brazos que mantenía cruzados sobre el tablero.

En la espalda tenía clavado un cuchillo.

La muchacha, situada detrás de Henry, atisbo y emitió un lacerante grito.

—¡Cállate! —le ordenó Henry.

La joven se apretó las sienes. Luego se pasó una mano por la frente, llena de sudor frío. Diríase que solamente ahora, viendo el cuchillo clavado en la espalda de la mujer, tenía una imagen concreta de la muerte, y no cuando en la calle los silbidos de los proyectiles le anunciaron que pasaban muy cerca de su cabeza.

Henry dejó la lámpara sobre la mesa. Luego, colocando las manos a los lados de la cabeza de la muerta, la levantó un poco.

Era un rostro joven, de rasgos asiáticos.

—¿La conoces?

—¡Sí!… ¡Es la que teníamos que esperar! ¡Vámonos antes de que sea demasiado tarde!

Henry no objetó nada. Si en algo podía estar de acuerdo con aquella enigmática muchacha era en desaparecer de un lugar donde con tanta facilidad se podía entrar para clavar un cuchillo en la espalda de una mujer…

—¡Pero antes quiero saber quién es!

—Yo la conocía por el nombre de Yenshi… Era la amiga predilecta de un coronel vietnamita que ocupaba un alto cargo en uno de los últimos Gabinetes.

Tantos Gobiernos se habían formado en Saigón en los últimos meses, que era como no decir nada sobre la identidad de aquella mujer con cara de muñeca, y la de su protector.

—¿Y qué diablos tenía yo que tratar con ella?

—Iba a proponerle un trato.

—¿Sobre qué?

—Sobre el desaparecido Ewing.

Henry pensó en el sargento Frost, y en los vietnamitas que permanecieron en la posición disparando basta que fueron exterminados.

—¡Siquiera un trato para dar con ese renegado! —rechinó.

—¡Pues vámonos! ¡De un momento a otro pueden invadir la casa agentes del Vietcong! ¡Ya estableceré yo otros contactos!

Henry se quedó mirándola fijamente.

—¿Te das cuenta de lo que prometes? Das a entender que estás

en contacto con el enemigo. Eso es muy grave.

—Me doy perfecta cuenta del riesgo que corro. —Los ojos grises fulgían ahora llenos de odio—. ¡Estoy atrapada en un complicado engranaje! ¡Cambios de Gobierno, deserciones! ¡Los leales de hoy son los enemigos de mañana! ¡Esto es una orgía de traiciones y rencores!

Estaba a punto de llorar. Quedó inmóvil, mirando a la muerta.

—¿A quién estabas traicionando tú, Yenshi? —preguntó, sordamente.

Henry la cogió de un brazo.

—Vámonos.

Ella empezó a girar para emprender el pasillo. Henry cogió el quinqué, teniendo en la otra mano el arma.

Al llegar al patio dejaron la luz casi extinguida. Durante unos momentos permanecieron escuchando afuera.

—Establezcamos un pacto, capitán *Spray*.

—Veamos.

—Voy a darle las señas de mi hotel. Le diré también mi nombre. Mi *verdadero nombre*. Le será fácil comprobarlo. El periodista Dave Nack me conoce. Tampoco ignora lo que yo persigo con todo esto. Lo que yo quiero que me prometa es que evite por ahora la intervención oficial. Todo se echaría a perder, lo que yo persigo, y lo que a usted puede interesarle: dar con Ewing.

Sin esperar respuesta, le dio el nombre de un céntrico hotel. Enseguida agregó:

—Mi nombre es Nidie Sarbin. Podremos vernos mañana a mediodía, en el vestíbulo del hotel. Si hubiera algún cambio, se lo haría saber por medio de un empleado, que es amigo mío, como lo es de mi padre.

—¿Su padre está en Saigón?

—No. Estuvo hasta hace unos dos meses. Ahora se encuentra en los Estados Unidos, con otros exfuncionarios del Departamento de Defensa, acusados de desfalco.

De pronto, Henry recordó la mañana en que, después de unas agotadoras maniobras instruyendo fuerzas populares, se sentó junto a la barraca de mando y se puso a leer el periódico.

Entonces leyó la noticia de que cuatro funcionarios del Departamento de Defensa destacados en Saigón habían sido

acusados de apropiación indebida de una elevada suma de dólares, destinados a actividades secretas estadounidenses en Vietnam.

Recordó más. El comentario que hizo en voz alta, apenas leer la noticia: «¡Así hacen la guerra estas ratas!».

Iba a decirle a Nidie que no pensaba intervenir en ese asunto, cuando sintió lástima, y al mismo tiempo admiración, por el arrojo con que ella se había comportado aquella noche.

—Está bien. Mañana nos conoceremos más.

Abrió la puerta. En un extremo de la calle empezó a temblar la luz de unos faros.

—¡Otra vez el «*jeep*» de patrulla! —rezongó Henry, obligando a la muchacha a que se apartara de la puerta, para cerrarla de nuevo.

Otra vez quedaron los dos sumidos en las tinieblas, dentro del patio. Mientras Henry atendía al exterior, la muchacha permanecía con la espalda pegada a la puerta, tratando de distinguir en la oscuridad la escalera.

Antes no temió las balas. Pero ahora miraba con terror hacia el sitio de la escalera, esperando ver aparecer a Yenshi, con su cara de muñeca, los ojos levemente oblicuos, sonriendo.

Llegó un momento en que creyó verla, con el cuchillo en la espalda, descendiendo con lentitud, ondulando la figura.

Nidie se tapó la boca con una mano para evitar un grito, y se arrimó a Henry. Éste se dio cuenta de que temblaba y se volvió de cara a la escalera, con el arma lista.

Pero no advirtió ningún ruido, ni entrevió ninguna sombra.

—¿Qué has visto? —preguntó, muy bajo.

—¡Nada! ¡Estoy muy nerviosa! Debo salir de aquí. Muy cerca queda la casa de unos compatriotas. Estarán esperándome. ¡Deje que salga!

—Tendrás que aguardar unos instantes.

Volvió a abrir, con cautela. La calle estaba totalmente oscura. Pero pronto asomó de nuevo la temblorosa claridad de los faros.

—Cuando pasen, saldrás. ¿Queda lejos esa casa?

—¡No! ¡Llegaré enseguida! Y si me sorprendiera una patrulla, mis amigos justificarían mi presencia en esta zona.

Esperaron a que el vehículo pasara. Aún no había desaparecido por el otro extremo de la calle cuando Henry abrió.

—Puedes irte —dijo, casi riendo.

—¿Qué ocurre?

—Pienso en los oficiales que esta noche envidiaban mi pareja.

Nidie comprendió. Y, poniéndose de puntillas, estrechándose contra él, lo besó fuertemente en la boca.

—Ya es algo —comentó Henry, tratando de disimular su turbación.

La muchacha echó a correr, hundiéndose en las tinieblas.

CAPÍTULO III

Henry procuró hallarse lejos de la casa cuando el «*jeep*» volvió a entilar la calle. Los faros lo enfocaron enseguida.

—¡Capitán *Spray*!

El vehículo se había detenido y el periodista Dave Nack saltó con el propósito de alcanzar la acera, pero sus pies se hundieron en el barro.

—¡Ya llevo barro hasta en el cogote! —exclamó, riendo.

—¿En qué sitio va a citarme ahora? —preguntó Henry.

—Perdone. Pero a última hora surgió algo imprevisto. La noche está muy movida. Ya le contaré.

En el «*jeep*» solamente estaba el conductor. Esto extrañó a Henry.

—Antes pasó un «*jeep*» con más gente.

—Hay varios buscando por esta zona. Ya le he dicho que la noche está movida.

El «*jeep*» que pasó antes por la calle, cuando Nidie todavía se encontraba junto a Henry, se detenía en ese momento en una calle próxima.

Sus ocupantes saltaron a tierra, y provistos de potentes lámparas automáticas, se dedicaron a barrenar tas tinieblas.

Unos lo hicieron siguiendo las pisadas que se observaban en las aceras. Había cesado de llover y sobre las baldosas se apreciaban gruesas manchas de barro.

Otras lámparas apuntaron hacia las montañas de escombros que había a un lado de la calle.

Todos pertenecían a las fuerzas especiales estadounidenses. Ningún vietnamita tomaba parte en aquella operación.

Los que se metieron en los escombros lo hicieron con grandes precauciones. Intuían que aquello estaba lleno de trampas.

En realidad Saigón, el delta del río Meong, al sur de la capital, y

gran número de ciudades eran vivero de espías y guerrilleros.

Continuamente se descubrían grupos dedicados al sabotaje, al asalto de convoyes, a la sustracción de documentos secretos…

No era extraño descubrir en cualquier casucha un pasadizo subterráneo que conducía a un potente arsenal clandestino.

Ahora mismo, los tres soldados norteamericanos que acababan de internarse en los escombros tenían el ánimo dispuesto a recibir cualquier clase de sorpresa.

Lo mismo podía ocurrir que el suelo se abriese bajo sus pies, engullidos por un profundo sótano, como que aquellos montones de escombros quedasen convertidos en fortines.

Todo lo creían posible, y más en una noche en que los rugidos del viento y el barrizal daba a todo un aire de ultratumba.

Al principio, los tres soldados marcharon juntos, con la metralleta en posición horizontal.

Pero los escombros formaban regueros tan estrechos, que tuvieron que marchar en fila india.

Con las lágrimas enfocaban lo alto de los montículos, los agujeros, el suelo.

De pronto creyeron hallar lo que buscaban: huellas de pasos recientes sobre el barro.

Las siguieron y fueron a parar a una especie de plazoleta. Allí las huellas Se bifurcaban, cada reguero perdiéndose por un lado distinto de los restos de una casa, en la que todavía se mantenía intacto un elevado paredón.

Los tres soldados se detuvieron. Las huellas no sólo parecían recientes, sino hedías en plena confusión. Se advertía que lo mismo habían andado para un lado que para otro, como desorientados, o desconcertados por la proximidad de los perseguidores.

Los tres soldados se creían preparados para toda clase de sorpresas. Uno de ellos quedó plantado en el mismo punto donde las huellas se bifurcaban.

Los otros, cada uno marchó por un lado.

El que quedó a la espera estuvo un rato casi sin respirar, atento al menor ruido.

Pero nada advirtió. Aquello acabó por resultarle insufrible y optó por seguir en la dirección en que se marchó uno de los compañeros.

Acababa de pasar el paredón cuando la lámpara que llevaba en las manos dio una sacudida y en un tris estuvo que no saltara de la mano que la sujetaba.

El soldado dio unos pasos atrás, horrorizado.

Enfrente tenía al compañero, de bruces, con un cuchillo en la espalda.

Un leve crujido a la derecha le hizo volverse, con la metralleta apoyada en la cadera, pronto a disparar.

Los montones de escombros empezaron a crepitar. De todas partes surgían llamaradas.

Cuando el tiroteo era más intenso, el «*jeep*» en que iba Henry se detuvo junto a un portal donde se encontraban el teniente Colby, que había servido a las órdenes de Henry, y el inspector Hoyt.

—¡Llega a tiempo, capitán! —dijo el inspector—. Vea qué le parece esa madriguera…

Por ambos extremos de la calle fueron apareciendo otros vehículos. El teniente Colby estaba aturdido, y no sabía qué hacer.

—¡No llevamos fuerza suficiente para una refriega como ésta!

En el solar seguían los disparos. Muy cerca de Henry permanecía el «*jeep*», con los faros apagados, sin nadie dentro.

—¡Voy a ver si facilito la tarea a los que vienen! —dijo Henry.

Los otros vehículos habían disminuido la marcha, con los faros apagados. Y Henry hizo todo lo contrario.

Saltó sobre el «*jeep*», puso el motor en marcha y dio a los faros toda su potencia, dejándolo encarado a los escombros.

Enseguida saltó a tierra. Lo hizo en el momento preciso, pues apenas quedó al amparo del vehículo, multitud de balas chascaron contra el parabrisas.

Los otros vehículos se detuvieron cerca y empezó a oírse el pisar de las patrullas, acercándose todo lo aprisa que les permitía el resbaladizo suelo.

Henry se metió entre los escombros, ya provisto de una lámpara automática, y de una pistola ametralladora, cogidas del «*jeep*».

Soslayaba los sitios iluminados. Ya apenas se oían disparos.

Vio que un soldado intentaba salir a gatas de un agujero.

—¡Escóndete! —le ordenó Henry.

Al mismo tiempo, de entre las piedras situadas a su derecha surgieron algunos fogonazos. El soldado lanzó un gemido y quedó

de bruces sobre el barro.

Henry distinguió el punto desde el que habían disparado. En dos zancadas se plantó allí. Aún no había afirmado los pies en el suelo cuando su pistola empezó a disparar.

Creyó sentir en un hombro como una quemadura. Era un roce de bala.

Pero ese disparo del enemigo fue la única réplica que obtuvo. Aquel fogonazo sirvió para indicarle el agujero exacto en que se hallaba agazapado el adversario.

No tuvo más que tenderse en la vertiente y meter el arma por la abertura. Disparó.

De entre las piedras surgió un alarido.

Desde el otro lado del solar, un oficial llegado en los últimos «*jeeps*» le llamó:

—¡Apártese, capitán *Spray*!

Un camión cargado de tropa se detenía junto al «*jeep*». Ahora si intervenían vietnamitas.

Antes de retirarse, Henry se acercó al soldado que fue abatido cuando intentaba salir a gatas. Aún estaba vivo. Lo cogió en brazos y lo trasladó a donde estaban los coches.

El oficial que lo había llamado se le acercó.

—¡Por lo que más quiera, capitán *Spray*! ¡Apártese de este jaleo!

Parecía muy apurado.

—¿Cree que no me atañe este fregado? —replicó Henry, irónico.

—Cumplo órdenes, capitán. Se me ha encomendado custodiarle.

—¿De veras? ¿Desde cuándo me sigue usted?

El oficial soltó un respingo.

—¡Desde ningún momento, porque sólo ahora he dado con usted! Se nos informó que cuando usted salió del bar con una mujer, hubo tiroteo… Al poco ya estaba yo buscándole. ¡Y vengo a encontrarle en este zafarrancho!

Los soldados que habían bajado del camión ya estaban ocupando el solar. Los faros del «*jeep*» que maniobró Henry seguían iluminando los escombros.

Después de una pausa, el oficial preguntó:

—¿Y la mujer que lo acompañaba?

—Supongo que ya está en lugar seguro. ¿Traía también orden de custodiarla?

—Nada se me ha dicho en ese sentido.

Henry se echó a reír.

—¡Valiente permiso el que estoy disfrutando! ¿Es que las fuerzas de retaguardia no tienen más misión que seguir los pasos de los que tienen algún derecho a divertirse?

Acentuaba el tono mordaz intencionadamente. Estaba seguro de que aquel oficial conocía la Tolo y los comentarios de Henry aparecidos en la Prensa.

Surtió efecto. El oficial, en tono irritado, replicó:

—¡Le he dicho que cumplo órdenes! Y ateniéndome a ellas, haga el favor de acompañarme.

—¿A dónde?

—No puedo decírselo.

El inspector Hoyt se acercó.

—Aquí también ha sacado a un soldado herido —dijo como divertido.

En el mismo tono contestó Henry:

—¡Lástima que el periodista no haya tenido la máquina a punto!

Dave Nack había seguido al inspector, y dijo:

—Mañana podremos reconstruir la escena. Lo que acabo de ver es algo bueno.

—Debemos irnos —insistió el oficial.

—Sí, vámonos —manifestó el inspector—. Adonde usted va, he de ir yo.

El periodista dijo:

—Me quedaré porque, después de todo, si fuera con ustedes no me dejarían oír lo que van a tratar. Prefiero ver en qué queda esto. —Y se alejó unos pasos—. Mañana nos veremos, capitán *Spray*.

No indicó hora ni sitio. En un mismo «*jeep*» subieron el inspector, Henry y el oficial que tenía por misión custodiarle. En el asiento delantero, además del conductor, iba otro soldado, con una metralleta.

Un rato más tarde, el «*jeep*» se detenía ante un edificio de gran portalada. Un centinela se acercó al coche. Después de reconocerlos, dio una voz y la enorme puerta empezó a abrirse.

Pasó el coche y después de cruzar un patio se detuvo al pie de una escalinata. El oficial se apeó, diciendo:

—Espere unos momentos, capitán *Spray*.

Emprendió la escalera.

—¿No le sigue usted? —preguntó Henry al inspector.

—No. Si el coronel Bowman no está arriba, usted y yo sobramos aquí.

A los pocos minutos regresaba el oficial.

—Los jaleos de esta noche impiden que usted pueda entrevistarse con el coronel Bowman. Ha tenido que salir urgentemente hacia la base.

—¿Ocurre algo allí? —preguntó Henry.

—Creo que sí —contestó, sombrío—. Usted se aloja en un hospital, ¿no es cierto?

—Por ahora, sí.

—Tan pronto lo deje en el hospital se librará usted de mi compañía. Lo está deseando.

Henry se echó a reír.

—Olvide lo que he dicho antes. Es que me irrita sentirme vigilado.

Volvieron a cruzar el patio y salieron a una espaciosa avenida. Momentos más tarde, el «*jeep*» cruzaba una gran verja que rodeaba un jardín. En el centro destacaba un gran edificio.

Era el hospital. Al detenerse el «*jeep*» se apearon Henry y el inspector.

—Espérenme unos momentos —dijo el inspector a los que quedaban en el coche.

Se alejó con Henry.

—¿Tiene algo que informar, capitán?

—Muy poco —contestó Henry, después de vacilar unos instantes.

—Si no es urgente, cálleselo. Parece que ha empeñado usted su palabra.

—Así es. ¿Cómo lo ha adivinado?

—Sé con qué señorita se ha entrevistado usted esta noche y conozco la aversión que ella siente por una investigación oficial. En su caso, no la culpo. Buenas noches, capitán.

Regresó al «*jeep*» y al momento el coche salía del jardín. Henry entró en el edificio. Se identificó ante la guardia del interior y uno de los vigilantes lo acompañó hasta su habitación.

Cuando la puerta quedó cerrada, Henry se puso a pensar si

habría hecho bien callando que en la casa que había entrado acompañado de Nidie, hallaron a una mujer muerta.

—¿Y qué podía decirle yo al inspector? Ignoro qué casa es, incluso la calle.

Esto despejó toda duda. Iba a acostarse, cuando reparó en la puerta de paso, que se hallaba entornada.

Fue a ver a Cowan. Lo encontró despierto, esperándole.

—¿Qué hay? —preguntó Henry.

Cowan sonrió.

—Se han oído estallidos —dijo el soldado.

—Sí; En la calle se divierten. He estado en el bar donde tú y Ewing estuvisteis, cuando el último permiso. He conocido a una joven vietnamita muy guapa. ¿No dices que Ewing se sentó aparte, durante un rato, para alternar con una indígena muy bonita?

—Lo hizo. Y cuando vio que me impacientaba, me llamó a su mesa para presentarme a su amiga. Luego, ella se marchó.

—¿Qué hacía Ewing? ¿Parecía cohibido?

—¡Qué va! Ese día me dio la gran sorpresa. Era otro. Yo parecía bobo, viendo la naturalidad con que se desenvolvía ante una muchacha tan bonita y tan elegante.

—¿Te dijo quién era?

—Pues sí, me dijo su nombre. Pero ya no lo recuerdo. Lo que no se me olvida es la forma con que comentó, después que ella se hubo marchado: «¿Ves esa monada? Es la amiguita de uno que hasta hace muy poco mandaba. Y es justo lo que yo hago con ella: divertirme cuanto puedo a cargo de ella». Yo lo miré con disgusto y se echó a reír: «¡No seas tonto, Cowan! De los Estados Unidos sale el dinero que sostiene a toda esa patulea de funcionarios. Ellos lo gastan llevando un gran tren de vida: buenos coches, lindas amiguitas, etcétera».

—No iba descaminado Ewing —comentó Henry—. Si tenía la oportunidad de coger una migaja del festín… ¿El nombre de Yenshi te suena?

Cowan hizo un gesto de aprobación.

—¡Así la llamó: Yenshi!

—Pues la he conocido esta noche. Es bonita.

No podía decirle que la halló muerta. Y cuando se retiró a su habitación, Cowan quedó adormilado, pensando en la hermosa

vietnamita.

CAPÍTULO IV

Henry tuvo que acelerar el paso porque veía que el hotel iba a cerrar las puertas. Un cordón de policía vietnamita trataba de dispersar una manifestación de estudiantes.

Lo que empezó con aire pacifico pronto quedó convertido en una batalla campal en que piedras, botellas, palos eran las armas por el bando de los manifestantes.

Los gases lacrimógenos por parte de la policía entraron en acción. Los manifestantes se esparcieron, pero al momento habían formado una compacta masa.

En el vestíbulo del hotel bastó ver que Henry era un occidental para que lo dejaran pasar. Había mucha gente en la planta baja.

Henry vestía de paisano. Y el impermeable le servía para ocultar la pistola ametralladora que llevaba en la cintura.

Se abrió paso para llegar al vestíbulo. No vio a Nidie y se dispuso a preguntar en recepción.

Al volverse tropezó con un empleado. Era indígena.

—¿Busca a la señorita Sarbin, capitán?

—Sí —contestó Henry.

—Le espera en su habitación. Yo le acompañaré.

Subiendo la escalera, Henry preguntó:

—¿Cómo me ha conocido?

—Sabía por la señorita que llegaría a estas horas… Y su cara ha salido en los periódicos.

Eso ya lo esperaba Henry. Y una vez más, maldijo la oportunidad con que Dave Nack apareció con su máquina fotográfica.

En el primer piso echaron a andar por un largo corredor, lleno de puertas a ambos lados. Ante una se detuvieron y el empleado dio un golpecito. Luego, dos. Enseguida, uno.

La puerta se abrió. Nidie apareció con la ondulada cabellera

rojiza suelta sobre los hombros, el cuerpo envuelto por un salto de cama.

—Pase, capitán —invitó, sonriendo.

Enseguida cerró la puerta con pestillo. Henry, después de dirigir una rápida mirada a la habitación, se fijó en la cortina que daba paso a otro departamento.

Ella se le colocó delante. El batín ahora permanecía más abierto por la parte de arriba, dejando ver la tersa piel morena, hasta donde empezaba el contorno del pecho.

Los ojos grises se hincaban en los de Henry.

—Anoche quedé en deuda con usted —empezó a decir, sonriéndole.

De pronto se pegó a él, rodeándole el cuerpo con los brazos, tratando de inmovilizarlo.

Henry adivinó la maniobra y le dio un empujón, obligándola a que lo soltara. La muchacha retrocedió unos pasos, tambaleándose.

—No es correcto, capitán *Spray*, tratar así a una compatriota. ¡No se vuelva! ¡Y levante los brazos!

Henry entrevió detrás de él la figura de un hombre de mediana talla, que vestía un traje claro.

Obedeció, más que nada por la mirada de súplica que le dirigía Nidie.

—Desármelo, señorita Sarbin —indicó el individuo—. Y usted verá si le conviene que el capitán no tenga la oportunidad de hacer alguna tontería. Si él intenta atacarme, aquí terminaremos los tres. Y mal asunto para usted, señorita, si yo desaparezco.

Nidie estaba muy pálida. Temblando, fue acercándose a Henry.

—¡Déjese registrar, se lo suplico!

—¿Y qué otra cosa puedo hacer? —contestó, mirándole la garganta.

Ella procuró cubrirse el pecho y empezó a cachear a Henry. La pistola ametralladora la sostuvo por el cañón al mostrársela al hombre que les apuntaba. Éste sonrió.

—¡Sostiene el arma por el cañón! ¿Qué me recuerda esto? ¡Ah, sí, capitán: su célebre comentario!

Estuvo riendo unos momentos.

—Deje el arma al otro extremo de la habitación, señorita Sarbin. Pero antes dígame: ¿Está segura de que el capitán no lleva otra

arma de fuego? Por el bien de los dos lo pregunto.

—Creo que no lleva más armas —contestó Nidie, yendo a dejar la pistola sobre un mueble, en un extremo del departamento.

Henry fue volviéndose, al tiempo que bajaba los brazos.

—Todavía no lo he autorizado a que lo haga —dijo el que le apuntaba.

Era un vietnamita. Vestía con elegancia. Sus ojos negros, de trazo levemente oblicuo, tenían un brillo burlón.

—Parece usted muy seguro de tener el control de este momento —comentó Henry.

—¡Y tan seguro! —rió el vietnamita—. Aunque usted se haya hecho acompañar por algún policía…

—He venido solo.

—Eso parece. Desde este balcón hemos estado observándole la señorita Sarbin y yo. En cuanto a mi seguridad, se debe a que si yo desaparezco, la señorita perderá la oportunidad de reivindicar a su padre.

—¿Y usted piensa que en momentos como éstos puede importarme un asunto privado? Apenas hace unas horas que conozco a esta mujer.

—Suficiente para que usted haya quedado intoxicado por su belleza. Quizá en su país los encantos de la señorita Sarbin no hubieran surtido un efecto tan rápido. Pero aquí rige otro clima, capitán. Puede volverse a mirarla. El batín perfila su cuerpo… Está desnuda bajo esa seda.

—¡Coronel! —clamó Nidie, con el rostro encendido por la cólera.

El vietnamita hizo un gesto de desagrado, mirando a la muchacha. Era evidente que le había molestado que mencionara su condición de militar.

Henry se dio cuenta, y preguntó con sorna:

—¿Coronel de verdad, o de los que se fabrican en una hora, por apoyo oficial?

—¡Es el coronel Gu Van Nen! —declaró Nidie.

El vietnamita sonrió.

—*Era* coronel. Pero ustedes hicieron que soplaran otros vientos y el Gobierno al que yo pertenecía fue al cubo de la basura. Nos entregaron a la masa. Algunos que desempeñaron altos cargos

fueron ejecutados. Yo no, capitán. —Y acentuó la sonrisa—. Supe maniobrar y situarme entre los resentidos. ¿Oye el jaleo de la calle? ¿Qué consiguieron ustedes poniendo la zancadilla a mi Gobierno? ¡Empeorarlo todo!

Ahora fue un estallido de risa. Sus ojos se estrecharon, formando un ojal que apenas dejaba ver el botón negro.

Mientras hablaba el vietnamita, Henry trataba de recordar el nombre de Gu Van Nen. Pero le fue imposible. ¡Habían desfilado tantos nombres por los altos cargos en tan pocos meses!

—No intervengo en juegos políticos —contestó Henry—. Soy un soldado que se limita a cumplir órdenes.

—Esperaba esa frase tan cómoda y tan hipócrita. ¡Usted es un soldado! ¡Usted es de los que van a morir teniendo cogida el arma «por el cañón»! ¿No es cierto?

—¿Le parece mal?

—Me parece estúpido. Y a usted también. Por lo menos usted lo dijo a un periodista. —Haciendo una transición, agregó—: Pero no perdamos tiempo. Estoy aquí para hacerle una proposición. La señorita desea determinados documentos que podrán librar a su padre del oprobio. ¿No lo llaman ustedes así, señorita Sarbin? —Hizo una pausa para pronunciar como si paladeara un buen vino—: O-pro-bio… Suena… A caña rota, pero suena.

—Quedamos en que no quería perder tiempo —lo atajó Henry.

—Es cierto. Aunque mientras dure la algarada en la calle, no corro ningún peligro. Todos están pendientes de lo que ocurre. ¿Quiere mirar a la avenida, señorita Sarbin?

Ella obedeció. Hacía unos momentos varias piedras habían roto cristales de las ventanas de un edificio oficial.

Al quedar de espaldas a los dos hombres, sin pensarlo se ciñó el batín, al tiempo que descansaba el peso del cuerpo sobre una sola pierna. Y las escuetas caderas quedaron perfiladas, lo mismo que los largos y prietos muslos.

Antes de que nadie pudiera decir nada, llegó el eco de varios disparos. La muchacha se cubrió el rostro con las manos y se volvió, ahogando un grito de horror.

—¿Qué? —preguntó Henry.

—¡Se acaba de pegar fuego a un bonzo! ¡Dios mío!

El coronel Gu Van Nen no perdió su sonrisa.

—Ustedes no se lo explican. Su país nunca se ha esforzado en comprender a los que habitan tierras ajenas. Ustedes entran en los sitios mirando al suelo, buscando petróleo, minas, riquezas… Ni siquiera se esforzaron por comprender a sus pieles rojas. Ni ahora entienden a sus negros… Capitán *Spray*, eso sí es coger el fusil por el cañón. Ustedes mismos están disparando contra su propio prestigio…

Henry, crispado, le interrumpió:

—¡Vayamos al asunto! ¿Qué es lo que iba a proponerme?

—Que siga haciendo comentarios tan sabrosos como los que hizo cuando abandonó la colina
F-4.
Que opine sobre lo que vio en su compañía y sobre lo que ve en la calle a todas horas. No le pido que mienta. Pero que tampoco disimule la verdad. Y todo eso quiero verlo publicado en los principales periódicos de su país. El medio para hacerlo lo tiene aquí: el corresponsal Dave Nack se sentirá feliz recogiendo sus comentarios.

Henry, mirando con ironía a Gu Van Nen, preguntó:

—¿Pretende meterme en maniobras políticas?

—Pretendo vengarme. Y usted ha de decir en sus comentarios que fue un error del Gobierno de su país poner la zancadilla al Gabinete del que yo era una ruedecita esencial. Cuando eso se haya publicado, recibirán mis noticias. Eso es todo, por el momento.

Fue acercándose a la puerta. Quedó escuchando afuera durante unos momentos.

Sonriendo, miró a Henry y después al arma que había quedado sobre un mueble.

—Yo sólo preciso de unos segundos para cruzar el pasillo. Después, ya será muy difícil que den conmigo.

Se puso unos lentes, se encasquetó un sombrero de paja, y manteniendo la pistola dentro de un bolsillo de la chaqueta, sin soltarla, con la otra mano descorrió el pestillo.

Luego mostró una llave.

—Cerraré por fuera. Preciso de esos segundos.

Desapareció, cerrando con llave.

Henry volvió a correr el pestillo y fue por el arma. Enseguida pasó al departamento que cubría la cortina. Era la alcoba.

Henry se quedó mirando a Nidie. La muchacha lo observaba con gran ansiedad.

—No voy a discutir ahora lo que ese individuo me ha propuesto —dijo Henry, por momentos más irritado.

—Acércate.

Nidie obedeció. La muchacha se esforzaba por que su actitud fuese lo menos incitante posible. Pero había demasiada fuerza en su cuerpo joven, magistralmente formado.

Mantenía cerrado el batín hasta el nacimiento del cuello, con los brazos cruzados sobre el pecho, cuando quedó a un paso de él.

—Con el mismo descaro con que tú has pretendido manejarme…

La sujetó de los brazos y se inclinó sobre su cara. Primero la besó en la boca. Notó los labios muy fríos y se inclinó, besándola en el cuello, y enseguida en los hombros.

Ella permanecía inmóvil. Exasperado, lo que la noche anterior anunció con la mirada, lo hizo ahora con las manos.

La obligó a separar los brazos. Por unos momentos pareció que fuera a despojarla del batín, arrancándoselo a pedazos.

—¡Sólo cuenta tu cuestión personal!

Nidie, mortalmente pálida, siguió quieta. Henry ya estrujaba la tela con las dos manos, cuando vio que ella no quedaría completamente desnuda, aunque se despojara de la envoltura de seda. Llevaba otras prendas.

La soltó, empujándola, y se volvió de espaldas.

—No está todo en ser bonita… Das frío.

—Lo sé —contestó Nidie, apagadamente—. Y es lo que pretendo.

Henry fue volviéndose. Nidie se había cubierto de nuevo, cruzando los brazos sobre el pecho.

—Si lo que quieres es que no me fije en ti, ¿por qué demonios no me has recibido con ropa de calle?

—El coronel me obligó. Me ausenté de la habitación unos instantes para decirle al empleado que te esperaría aquí. A mi regreso, el coronel se encontraba en la alcoba. Me obligó a cerrar con pestillo y luego me dijo: «Recíbalo como si saliera del baño. Le conviene que el capitán no se le escape».

Henry apretó las mandíbulas, en una acometida de celos que le pareció absurda.

—¿Presenció él cómo te desvestías?

Nidie movió primero la cabeza, negando. Luego, manifestó:

—Tuvo la delicadeza de permanecer aquí fuera. Luego me explicó por qué quiso evitarme esa humillación. Fue por algo que ocurrió anoche, cuando descubrimos el cadáver de Yenshi.

Henry la miró intrigado.

—¿Qué es?

—Fue cuando yo hablé de la orgía de traiciones en que nos encontramos. Entonces, mirando a la muerta, se me escapó: «¿A quién estabas traicionando tú, Yenshi?». El coronel me lo ha repetido sílaba por silaba.

—¿Estaba él allí?

—En la planta superior, con otros individuos, escuchando todo lo que decíamos. En la habitación donde estaba Yenshi había instalado un micrófono.

Henry se situó frente al ventanal. En la avenida, la policía vietnamita había conseguido dominar la situación.

A un lado de la avenida, muy cerca de un árbol, se veía el humo que envolvía el cadáver del bonzo.

—Vístete —dijo Henry, sin volverse.

Nidia desapareció tras la cortina. Cuando salió, Henry todavía estaba mirando a través del ventanal.

Oyó el tintineo de unos vasos. Sobre una mesita acababa Nidio de colocarlos, junto a un paquete de cigarrillos y una botella con *whisky*.

—¿Deja que yo le invite esta vez, capitán? —preguntó ya como si la penosa escena estuviese olvidada.

—Sí. Necesito un trago —contestó Henry, volviéndose.

—Yo también.

Llevaba ropa de calle. La cabellera seguía suelta sobre los hombros. Henry tenía a la muchacha de perfil. Observando la armonía de sus facciones, preguntó:

—¿No había otra manera de resolver tu problema que viniendo aquí, para rehuir la intervención oficial?

—No existe otro medio. Los recibos que han de demostrar que mi padre no hizo uso indebido del dinero que se le confió, se encontraban en un departamento gubernamental vietnamita. El coronel Gu Van Nen, al ser derrocado el Gobierno al que él pertenecía, se apropió de varios documentos que pueden poner a

muchos de nuestros compatriotas en situación comprometida.

—¿En qué dice tu padre que empleó el dinero?

La muchacha movió la cabeza y sonrió, como pidiendo disculpas.

—Son gastos sobre asuntos secretos. El coronel Gu Van Ken, como antes sus antecesores, firmaban un recibo cada vez que se les entregaba una cantidad. Ese recibo se hacía por duplicado. Uno quedaba en el Departamento del coronel. El otro se archivaba en las oficinas que dirigía mi padre. Pero la víspera de que el Gobierno al que pertenecía el coronel fuera derribado, se produjo un acto de sabotaje en las oficinas donde trabajaba mi padre, con otros compatriotas. Las llamas devoraron el archivo…

—¡Qué casualidad! —exclamó Henry, sin poder contenerse.

Sin embargo, él sabía demasiado que esas cosas ocurrían en pleno Saigón. Residencias de norteamericanos, casinos frecuentados por estadounidenses, eran volados por potentes cargas, casi ante las propias narices de la policía.

—Usted piensa en los fallos que se les ha encontrado a muchos funcionarios —dijo la muchacha—. No le culpo por ello.

—¡Estaría bueno que lo hicieras! ¿Acaso no se ha demostrado con pruebas irrebatibles que muchos compatriotas han venido a este país a pasarlo lo mejor posible?

—Mi padre, y otros como él, han servido la causa de nuestro Gobierno con toda lealtad. La indolencia de este pueblo ha desesperado a muchos de los nuestros, y al final se han sentido tentados a seguir la actitud de los indígenas. Pero no todos han claudicado. Usted mismo es un ejemplo de lo que digo. Pocos oficiales han tomado con tanto interés el asesoramiento de las fuerzas populares…

—No necesito elogios. Prefiero tu *whisky* —la interrumpió Henry, cogiendo otra vez el vaso.

La muchacha no replicó. Alargó la mano y cogió un cigarrillo. Henry le ofreció fuego.

La muchacha, como abstraída, expulsó el humo a lo alto y quedó con la cabeza inclinada atrás.

—Está bien esa fe en tu padre. Incluso estoy dispuesto a admitir que es inocente de los cargos que se le hacen. Pero en vez de meterte en redes de espías y contraespías, ¿no hubiera sido más

práctico ir, por ejemplo, al departamento del inspector Hoyt y exponerle el caso? Tengo la impresión de que el inspector conoce todos tus pasos.

—Cierto. A pesar de que yo le supliqué que se desentendiera de mí.

—¿Tú ya has hablado con el inspector?

—Yo he pasado largas temporadas en Saigón cuando mi padre estaba en el cargo. Conozco al inspector Hoyt y a varios agentes secretos. Todos ellos saben lo que me ha traído de nuevo a Saigón. Y son los primeros en comprender que la mejor ayuda que pueden prestarme es permanecer al margen.

Henry se levantó bruscamente, diciendo:

—¡No lo comprendo! Hace unos minutos estaba aquí ese coronel que, según tú, es el eje del asunto. Hubiera sido fácil prepararle una encerrona…

—¡No! —prorrumpió, alarmada—. ¡Nada de eso todavía! El coronel se ha procurado muchos amigos del bando contrario al actual Gobierno. Él se desenvuelve en una especie de fiebre. El actual Gobierno, como el anterior, dio orden de prenderlo. Pero hasta ahora el coronel Gu Van Nen se mueve con más libertad que cuando estaba en el poder, desempeñando la jefatura de la policía secreta. ¿Cómo cree que habrá salido del hotel? ¿Escondido en un camión? No.

Nidie sonrió con amargura.

—Quizá la única precaución que ha tomado ha sido marcharse por la puerta de servicio —continuó, irónica—. Y si se ha cruzado con algún policía que lo ha reconocido, el policía habrá hecho la vista gorda pensando que algún día el coronel Gu Van Nen puede volver al poder.

La serenidad que poseía la muchacha impresionó a Henry.

—Es cierto. Esto es una orgía de traiciones, de puñaladas en la espalda. ¿Cómo salir de esta situación?

Volvió a colocarse frente al ventanal. Ahora un círculo de policías ocultaba el cadáver chamuscado.

—¿Quién me designó para que te ayudara? —preguntó Henry, siguiendo de espaldas a Nidie.

—El coronel Gu Van Nen.

—Pero ¿él me conocía?

—Sí. Y lo que lo decidió a elegirlo fueron los comentarios que aparecieron en la Prensa, atribuidos a usted. «¡Ése es el hombre que necesito!», me hizo saber el coronel, por medio de Yenshi. Pero según me ha dicho hoy, Yenshi se disponía a traicionarle, a cambio de un pasaporte con que poder trasladarse a Manila, y de cierta suma de dinero. El coronel asegura que anoche ella llevaba fotocopias de los documentos que a mí me interesan.

—¿Y tú tenías que facilitarle el pasaporte?

—No. Usted tenía que dárselo.

Henry creyó que bromeaba. Pero Nidie permanecía sería.

—¿Y crees que yo lo hubiera hecho, suponiendo que pudiera?

—Yenshi le hubiera propuesto entregarle el desaparecido Ewing a cambio de que usted intercediera por ella ante sus superiores. ¡Todo hubiera sido mejor así! Ahora el coronel ha vuelto a coger la iniciativa.

Henry se puso a pasear, pensativo.

—¡Es curioso! —exclamó, con aire divertido—. Yo estaba dispuesto a soltar gatos rabiosos, sobre la manera con que se lleva esta campaña. A costa de que me sometieran a Consejo de guerra, yo quería decirle al periodista Dave Nack parte de lo que yo y muchos compañeros de armas pensamos de esta situación. Pero basta que me lo impongan…

Se interrumpió, mirando a Nidie, agresivo.

—Olvide lo que el coronel ha propuesto —manifestó ella.

—No se trata de que yo recuerde u olvide. Lo que me sorprende es tu egoísmo. A ti te importaría un bledo que a mí me degradaran, que me acusaran de estar haciendo el juego al Vietcong, si tú conseguías los papeles que probaran que tu padre no había gastado dinero perteneciente a Tío Sam.

—Ya le he pedido que lo olvide —repitió ella, muy afectada.

Henry encendió un cigarrillo y siguió paseándose. Tan pronto parecía que fuera a prorrumpir en sarcasmos contra la muchacha como a echarse a reír desaforadamente.

Llamaron a la puerta. Y antes de que ninguno de los dos tuviera tiempo de preguntar, el periodista se anunció, pronunciando su nombre.

El mismo Henry abrió, mientras con la otra mano sujetaba la pistola. Solamente cuando se convenció de que el periodista venía

solo, bajó el arma.

Dave Nack entró, con su máquina de fotografiar colgando del hombro. Su rostro estaba pálido.

Al ver los vasos y el *whisky* pidió:

—¡Sírvame un buen trago, Nidie! ¡Siento náuseas!

Se dejó caer en un sillón. Tropezó con la máquina fotográfica, y mirándola con aversión, la tiró sobre otro asiento.

—¡Ha sido horrible! He sacado fotos desde distintos ángulos.

—¿Del bonzo? —preguntó Henry.

—¡Sí! —Se frotó la boca y la nariz—. ¡El olor de ese humo me persigue! Creo que caeré enfermo… ¡En qué mala hora!

Cogió el vaso que le ofrecía Nidie y lo apuró con avidez.

—Me sorprenden sus escrúpulos… —observó Henry, mordaz—. No creo que el espectáculo que usted contempló en la colina
F-4
fuera más grato.

—¡Aquello era distinto! ¡Uno se sentía pisando un escenario de guerra! ¡Pero aquí, en plena capital, junto a las flores de la avenida, teniendo a la vista hoteles como éste, con mujeres estallantes de belleza…! ¡No, capitán! ¡Es muy difícil que uno se haga a la idea de que eso que acaba de ocurrir es posible!

—Pues ya son varios los bonzos que se han quemado.

—¡Yo es el primero que veo!

—Y no hace mucho se quemó una joven vietnamita —manifestó Henry, mirando a Nidie.

Lo hizo sin intención. Pero la muchacha lo interpretó en el sentido que más podía mortificarla.

—Comparada con esa joven, ¡cuán egoísta y pegada a tierra resulto yo! ¿No es eso lo que ha querido decir, capitán?

Henry la miró un poco sorprendido.

—No hago comparaciones imposibles. Pese a lo que Gu Van Nen ha dicho, yo me he preocupado por entender a esta gente.

—¡Díganme! —exclamó el periodista—. ¿Es que han hablado con el coronel Gu Van Nen?

—Hace unos minutos —contestó Nidie.

—¡Pero ese hombre debe estar loco! ¡El Gobierno acaba de ordenar que se le capture, vivo o muerto! Incluso ha ofrecido una recompensa. Lo consideran instigador de los tiroteos de anoche.

Nidie hizo un gesto sardónico.

—Quizá el mismo funcionario que ha puesto en circulación esa orden está protegiendo a Gu Van Nen.

—¡No! ¡Ahora va en serio! —Se quedó mirando a Nidie, conmiserativo—. Temo que la única posibilidad de rescatar esos documentos desaparezca hoy, si dan con el coronel.

La muchacha no se inmutó. Con gran serenidad, dijo:

—Ya no importan esos documentos. Reconozco que he sido una egoísta, una cobarde, al preocuparme solamente por lo mío. Mi padre será el primero en recriminarme cuando sepa cómo me estoy comportando. —Y dirigiéndose a Henry—: Voy a decirle al inspector Hoyt que dejo el asunto en sus manos. Si nada pueden hacer, mala suerte.

A Henry se le apareció de pronto envuelta en llamas, sin que ella hiciera el menor movimiento ni un gesto de dolor, midiéndose con la joven vietnamita que hacía poco se había sacrificado.

Le pareció que Occidente, representado por Nidie, daba la réplica a aquel pueblo extraño.

—¿Se da por vencida? —preguntó el periodista—. ¿Acaso no le interesa a Gu Van Nen que salgan a la luz pública los fallos de esta situación?

—Le interesa —contestó Henry—. Nos lo ha propuesto. Yo debo ser el que censure la forma con que se lleva esta guerra. Usted debe recoger mis críticas y los senadores que lo respaldan a usted tendrán una nueva base para censurar la táctica de nuestro Gobierno.

—Los senadores que usted dice me respaldan, no piden más que se negocie. Esta guerra es imposible ganarla por medio de las armas. Hay que dejar paso a la diplomacia.

—Parecería una derrota…

—¡Parecería! ¡Estamos empantanados en los arrozales de Indochina! ¡Ésa es la verdad!

Henry lo miró irritado.

—¡Aunque sea la verdad, se debe proseguir! Esa negociación se podría hacer cuando no hubiera peligro de que nuestro prestigio…

Dave Nack saltó del asiento, poniéndose las dos manos en el estómago.

—¡Otra vez siento náuseas! ¡Dios mío, nuestro prestigio! ¡Estoy

harto de oírlo! Pero ¿es que ninguno mira la Historia? Francia podrá preguntar: «¿Y el mío?». ¡Tantos países podrían hacer esa pregunta!

Henry miró gravemente a Dave Nack.

—Comprendo su posición. Tal vez yo adoptara la misma de no ser un soldado. Yo no quiero, no puedo, como militar, como hombre que tal vez mañana tenga que volver a la selva teniendo la responsabilidad de un grupo de hombres, entrar en ese barrizal que usted acaba de exponerme.

—¿Qué barrizal?

—El de la negociación. Si yo voy a hacer frente a la acechanza de grupos del Vietcong; si me he de batir contra hombres que van a la muerte sin pestañear, no puedo pensar que las armas deben enmudecer para dejar la palabra a los diplomáticos. ¡Yo, no! ¡Usted, Nidie, cualquier hombre de la calle, pueden pensar así! ¡Pero yo no! ¡No!

Hablando, iba exaltándose. La noche de la colina

F-4

apareció en su recuerdo, con todo el horror y soledad; llevando a un moribundo sobre sus espaldas; sintiendo la lluvia de agua y proyectiles…

Nidie y el periodista lo miraban, impresionados. En el simpático rostro de Henry ahora se reflejaba un intenso dramatismo.

—No se atormente —dijo la joven, en tono conciliador—. Lo mío ya está decidido. ¿Quiere usted mismo acompañarme al departamento del inspector Hoyt?

—Si usted hace eso, tendrá que abandonar el país… —observó el periodista—. Sabe usted demasiado del movimiento clandestino y el coronel Gu Van Nen, o sus seguidores, tomarían represalias al ver que no lo secundaba en su plan.

—El inspector me proporcionará un pasaje en el primer avión que salga para nuestro país.

La idea de que ella desapareciera de Saigón afectó a Henry. Aunque él no pudiera verla en días sucesivos; aunque se encontrara aislado en la selva, le bastaría con saber que Nidie permanecía a muy pocas millas para sentirse confortado.

Esto acababa de ocurrirle, con gran sorpresa de él mismo. Y miró a la joven, tratando de encontrar la explicación a ese

sentimiento. ¿Era por su belleza? Henry estaba acostumbrando a admirar a verdaderas beldades, incluso a tener idilios más o menos largos con mujeres nada vulgares.

Lo que sentía ahora por Nidie era distinto. Tal vez por haberla visto desafiar el peligro, la noche anterior, o porque tenía en cuenta los sacrificios que sin duda había estado haciendo para conseguir unas pruebas que quizá no remediarían nada, en lo que se refería a su padre.

—Creo que no todo está perdido —manifestó Henry, sin dejar de mirarla—. Se podría secundar el plan de Gu Van Nen, pero cogiéndolo del revés.

La muchacha y el periodista se quedaron mirándolo creyendo que bromeaba.

—He dicho del revés. Ese coronel es un resentido. Nos odia a nosotros porque piensa que de nuestra Embajada salió el impulso que derribó su Gobierno. Odia a los compatriotas que ocupan ahora el poder porque los ve sentados a la mesa del festín, donde él estuvo antes.

—Así es —confirmó el periodista—. Pero ¿qué partido podíamos sacar de eso?

—Yo creo que mucho. —Y dirigiéndose a Nidie—: Depende de que tengamos un medio de hacer llegar a Gu Van Nen unas cuartillas.

—Yo sé dónde dejarlas. Pero todavía no entiendo su plan.

—Es muy sencillo. —Y mirando al periodista—: ¿Está dispuesto a escribir lo que yo iré diciendo? Si algo digo que se sale de la verdad, Nidie podrá desmentirme. Voy a referirme a todo lo que me ha ido ocurriendo desde que dejé la colina
F-4.

Hizo una pausa, y mirando a los dos, concluyó:

—Ese reportaje podrá terminar con la entrevista que acabamos de tener con Gu Van Nen. Con sus proposiciones. Una copia del reportaje debe ir a parar a sus manos, advirtiéndole que si no procura ponerse en contacto conmigo, se publicará.

Dave Nack quedó unos momentos meditando.

—¿Usted cree que surtirá efecto?

—Él me ha dado a entender que se está situando en el bando enemigo. Gu Van Nen debe temer que su podredumbre salga a la

publicidad con hechos tan concretos. Y ningún bando que aspire a controlar la masa podrá admitirlo en sus filas. Él ha de temer que el mismo Vietcong lo extermine, anunciándolo a los cuatro vientos, como propaganda política.

Siguió un silencio. En el rostro de Nidie se reflejaba un gesto de aprobación. La cara del periodista tenía una expresión divertida.

—¿No considera eficaz lo que he dicho? —preguntó Henry.

—¡Demasiado! —exclamó Dave Nack—. Y yo que convivo con los políticos, me pregunto cómo usted ha escogido la carrera de las armas. Su porvenir es la política, capitán.

Sacando de un bolsillo bloc y lápiz, miró a Henry indicándole que estaba listo para ir anotando cuanto dijera…

CAPÍTULO V

La respuesta la obtuvo en el mismo sitio donde entregó una copia del reportaje: en el bar que visitó con Nidie cuando ella le salió al paso.

Dentro del sobre iba una especie de plano. Como punto de referencia señalaba un conocido edificio de reciente construcción que servía de sala de espectáculos a los occidentales.

El sitio quedaba lejos del bar. El mensaje lo tenía previsto.

«Puede utilizar el coche que le he traído. Pero que no intente acercarse al sitio. Ha de venir usted solo. Y sin armas. Estudie este plano y rómpalo, aquí en el bar. Le están observando».

Henry se había sentada a la misma mesa que utilizó la primera vez yendo con Nidie.

El sobre se lo habían entregado en el mostrador. En el local había algunos clientes, la mayoría vietnamitas.

Henry no los miró. Podía ser verdad que estuviesen vigilándolo, como también podría tratarse de un alarde para convencerle de que nada escapaba a la vigilancia del coronel Gu Van Nen.

Después de estudiado el plano, Henry lo rompió ostensiblemente, en pedazos muy pequeños, que fue tirando al suelo.

Llamó al camarero, pagó la consumición y se marchó, adoptando un aire distraído.

El coche que utilizó para desplazarse desde el centro de la capital le aguardaba en una calle bastante ancha.

Nada denotaba que aquel vehículo fuese un coche oficial. El que lo conducía era un indígena.

Apenas ver a Henry, el conductor abrió la portezuela del asiento posterior. Ya dentro del coche, Henry explicó el sitio a dónde debía llevarle.

—Sí, capitán.

Ya en marcha, Henry se encontró en el espejo retrovisor los vivos ojos del vietnamita. Se hallaban ya en el centro de la ciudad, cuando Henry preguntó:

—¿Deseas decirme algo, muchacho?

—Sí, capitán. Quiero darle las gracias… por lo que usted hizo por el soldado Cowan.

Parecía emocionado.

—¿Lo has tratado?

—Mucho. Él fue el primero que me enseñó a llevar un fusil y a defenderme, para el caso de que me viera en medio de un tiroteo inesperado.

El inglés lo hablaba con mucha soltura. Henry sabía que aquel coche estaba controlado por el inspector Hoyt, y empezó a temer que tuviese una segunda misión, además de transportarle.

—¿Qué instrucciones te han dado en el departamento?

—Llevarle a usted adonde me diga.

Por el espejo siguieron mirándose. Henry sonrió.

—Si hay algo más, no vas a decírmelo, es natural. Pero sin que esto sea obligarte a contravenir las órdenes que has recibido, si crees que no vas a poder obedecer las que yo te dé ahora, será mejor que me lo des a entender parando el coche para que yo me apee.

—No, capitán. Lo primero que me ha recomendado el inspector Hoyt es que no me salga de lo que usted me indique.

—Celebro que sea así. Un paso en falso lo echaría todo a perder.

Al llegar a las proximidades que servían de punto de referencia, Henry pidió:

—Ve despacio ahora.

Cruzaban en aquel momento una plaza. Señalando una bocacalle, indicó:

—Métete por ahí.

El conductor pareció extrañado.

—Es una pésima calle. Me temo que no podamos pasar.

—¿Lo intentamos?

—De acuerdo.

Era cierto que la calle parecía intransitable. Pero el coche era potente y pronto las ruedas empezaron a expandir cuchillas de barro y agua.

Los edificios eran de construcción vieja y algunos ya se hallaban en ruinas. Los portales, exageradamente estrechos y bajos, permanecían cerrados.

Al final de la calle, Henry hizo que el coche se detuviera.

—Dedícate a dar vueltas por ahí y a cada quince minutos vuelve por la plaza que acabamos de cruzar. Si no me ves en la bocacalle por la que hemos entrado, márchate, para volver quince minutos después.

—Entendido, capitán.

—Procura no detenerte. Menos aún debes hablar con nadie. Tal vez estén siguiéndote.

—Comprendo.

Apenas el coche desapareció por la primera esquina, Henry miró a un extremo y otro de la calle. No vio a nadie.

Durante unos minutos no hizo más que andar deprisa, por una de las callejuelas transversales. Poco a poco fue tomando las direcciones más absurdas.

De vez en cuando consultaba el reloj. Ya había perdido los quince primeros minutos.

Había instantes en que parecía desorientado. Varias veces pasó por la misma callejuela y casi siempre se detenía ante el mismo portal, para encender un cigarrillo que unos pasos más adelante tiraba al barro.

Empezó a considerar que le habían dado una cita en falso. Miró el reloj, dispuesto a regresar a la plaza.

Vio que le sobraba tiempo para otros quince minutos y de nuevo se metió en la callejuela, deteniéndose ante el portal en que ya lo había hecho otras veces.

La fachada del edificio estaba pintada de amarillo, con líneas verdes transversales.

Mientras encendía el cigarrillo, miraba a hurtadillas a la casa que tenía en la otra acera, cuya puerta permanecía abierta.

El interior se veía muy oscuro. «Cuando pasé la última vez esa puerta estaba cerrada», se dijo Henry.

—¡Capitán! Pase a la otra acera y deténgase ante la casa que está abierta.

Se lo decía una voz de hombre, desde el interior de la casa ante la que se había detenido tantas veces. Ahora la puerta permanecía

entornada.

Pasó a la otra acera. En el momento en que quedaba ante la puerta abierta, desde dentro dijeron:

—¡Pase!

Henry se sumió en las tinieblas. Apenas cruzar el umbral la puerta se cerró.

Henry llevaba una pequeña lámpara automática y la encendió.

—¡Apáguela! —le ordenaron—. Déjese llevar.

Apenas volvió la oscuridad, advirtió que se le colocaba un hombre a cada lado. Lo agarraron de los brazos, indicándole que echara a andar.

Fue descendiendo por una rampa. El olor a humedad era por momentos más fuerte.

—Espere aquí —dijo uno de los que le sujetaban—. Y entréguenos la lámpara.

Henry obedeció. Rápidamente lo cachearon. Oyó pasos, alejándose rampa arriba.

Transcurrieron varios minutos. De pronto, empezó a venir de lo alto el temblor de una luz.

Henry se encontraba de espaldas a la entrada del solano. A su alrededor había pilas de cajas de madera.

A medida que aumentaba la luz, el roce de unas bolas se oía más cerca Henry fue volviéndose lentamente, los brazos cruzados sobre el pecho.

Vio al coronel Gu Van Nen, sosteniendo la lámpara con una mano. Con la otra, empuñando una pistola.

Vestía uniforme militar y llevaba algunas condecoraciones sobre el pecho.

—De haberlo sabido —comentó Henry—, hubiera venido también uniformado. Pero sin condecoraciones.

—¿Todavía no ha conseguido ninguna?

—Nada más un corazón púrpura… Ah… Y una estrella de bronce. En la jungla existen pocas oportunidades para ganar esas cosas. Cuando crees que vas a conseguir la Medalla de Honor del Congreso o una cruz de Servicios Distinguidos, un morterazo de los guerrilleros te manda al diablo. Se progresa más asaltando Ministerios.

Gu Van Nen esbozó una sonrisa.

—¿Usted piensa que yo no he pisado un campo de batalla?

—¿Cómo no? Todo el país es un campo de batalla la jungla y las avenidas principales.

Sin dejar de mirar a Henry, el coronel fue retrocediendo de espaldas hasta llegar a unos cajones, donde dejó la lámpara.

La pistola no dejaba de apuntar a Henry.

—He venido sin armas —observó.

—¿Y qué?

—Habla muy poco en favor suyo esa pistola.

—Correspondo a la forma con que usted me ha pintado en el reportaje. ¿O las palabras que el periodista Dave Nack ha puesto en boca de usted no son suyas?

—Dave Nack no ha hecho más que copiar silaba por silaba cuánto he visto en usted.

—¿Traicionero?

—De lo peor.

—¿Y cobarde?

—He ahí la prueba —señaló la pistola.

—Esto no es más que precaución —hizo como que se paseaba.

Pero enseguida se detuvo, volviendo a dirigir el arma contra Henry. Al hacerlo, abrió una ancha sonrisa.

—De un desesperado se puede temer todo —siguió Gu Van Nen.

—¿Se refiere a usted?

—¿Yo desesperado? ¡Lo tengo atrapado, capitán! ¡De aquí no podrá salir! Aunque los suyos vengan en su busca, no le encontrarán. Moviendo esos cajones se encuentra una salida por dónde yo desapareceré en el momento en que haya terminado con usted.

—Si yo no vuelvo a los míos, el reportaje aparecerá en varios periódicos de mi país.

El coronel movió la cabeza, siempre sonriendo.

—Eso lo podrá creer quien no conozca a la señorita Sarbin. Ella idolatra a su padre. Ella hará todo por evitarle el… «oprobio». Ese reportaje no saldrá. De manera que hágase a la idea de que ha escogido un torpe asunto para hacerse el héroe.

Henry le volvió la espalda y dijo, lentamente:

—El reportaje saldrá, coronel. Esté seguro de que se publicará.

Advirtió que la respiración acompasada del vietnamita cambiaba

de ritmo.

—¿Pretende hacerme creer que la señorita Sarbin se interesa por usted hasta el extremo de dejar a su padre en segundo término?

—No, coronel. Yo no he dicho que ella se interese por mí. Lo que ocurre es que Nidie se ha contagiado de esa sed que conduce al sacrificio. Para unos son héroes, para otros fanáticos… Da lo mismo en este caso. Si yo no vuelvo, Nidie se convertirá en una mujer muy distinta a la que ha sido hasta ahora.

Gu Van Nen quedó unos momentos sin saber qué decir. El miedo a que fuera verdad, que ella autorizara la publicación del reportaje, lo tuvo unos instantes indeciso.

Reparó en que Henry permanecía de espaldas, y ordenó:

—¡Vuélvase!

Henry no se movió.

—Prefiero no verle.

—¡Dispararé!

—No sería la primera vez que atacara por la espalda.

El puñal en la espalda de Yenshi pareció clavarse en lo alto de una pila de cajas. Gu Van Nen tuvo esta impresión, y replicó:

—¡Yo no la maté!

—¿Qué más da? Usted ordenó esa muerte… Y si Yenshi era un elemento estimado por los guerrilleros, le va a costar caro.

—¡Ella iba a traicionar a todos! ¡Quería un pasaporte para abandonar a sus compatriotas!

—Usted sabrá si los guerrilleros podrán creerle.

Advirtió enseguida que Van Nen no estaba seguro, a pesar de que Henry no podía verle, pues todavía se encontraba de espaldas.

—¡Me creerán! —prorrumpió el vietnamita, dando muestras de estar muy alterada—. ¡Le he dicho que dispararé si no se vuelve!

Henry se cruzó de brazos y siguió de espaldas.

—Puede disparar. Aunque me parece que usted todavía quiere conversar conmigo.

Lo que pretendía, exasperarlo, lo consiguió. Gu Van Nen, en un acceso de ira, avanzó unos pasos y levantó la mano armada para golpearlo con el cañón de la pistola.

Henry entrevió el arma apuntando a lo alto y se volvió rápido, para agarrarle el brazo. Lo obligó a soltar la pistola y le disparó un puñetazo a las mandíbulas.

Aprovechó el momento en que el vietnamita retrocedía para inclinarse y recoger el arma.

Gu Van Nen, loco de ira, rugió:

—¡Ahora va a ser usted el cobarde!

—¿Lo dice por la pistola? Descuide. —Y después de mirar hacia lo alto de la rampa, se la guardó en la cintura—. Vamos a dialogar… Pero antes quiero cobrar una cuenta. Lo que hizo en la habitación de la señorita Sarbin…

—¡Nada más le ordené levantar los brazos! ¡Era preciso para poder conversar!

—¿Y a Nidie qué le mandó?

Se puso a golpearlo. Con Gu Van Nen tenía poco enemigo en la lucha a puño. Al momento estaba girando, con el rostro magullado.

Henry procuraba en todo momento quedar de cara a la rampa, por si alguien aparecía. Pero arriba reinaba el más absoluto silencio.

Pensó que el coronel había obligado a sus secuaces que se marcharan. Tal vez él mismo cerró la puerta de la calle, apenas los subordinados desaparecieron.

—¡Espere! ¡Quiero proponerle la entrega de los documentos a cambio de un refugio en la Embajada… o en el sitio que usted considere seguro!

Henry dejó de golpear. Ahora tenía la certeza de que se encontraba a solas con Gu Van Nen.

—¿Y no quiere un pasaporte, como Yenshi?

El vietnamita entendió la ironía y contestó:

—¡Me veo obligado a dejar el país por las traiciones de Yenshi! ¡Ella imposibilitó que me miraran sin recelo! ¡Mi desgracia ha sido confiar en esa maldita!

Henry tenía la convicción de que algo muy importante había fallado en los planes del coronel Gu Van Nen.

—Concretemos: ¿En qué momento va a entregar usted los documentos?

—Cuando tenga la absoluta garantía de que ustedes me facilitarán un refugio seguro.

—¿Por mucho tiempo?

—Muy poco. Si lo que yo espero no tiene lugar pronto, abandonaré el país, por medios que ustedes deberán facilitarme.

—¿Y qué es lo que usted espera? ¿Un alzamiento militar que lo

lleve de nuevo al poder?

Gu Van Nen no contestó. Con un pañuelo se limpiaba las comisuras de la boca, manchadas de sangre.

—Si salimos de este sótano, tiene usted mi palabra de que intentaré llevarlo a un sitio seguro hasta que mis superiores dispongan…

El vietnamita lo interrumpió:

—¡Basta con que me garantice que me llevará a la base del coronel Bowman! ¡Quiero hablar con él!

Henry dirigió una mirada al uniforme y a las condecoraciones.

—La conversación será más fácil —comentó con ironía—. Podrán tratar de igual a igual. ¿Por dónde salimos?

—¿Dónde espera su coche?

Henry miró al reloj. Antes de separarse del conductor, sincronizaron los relojes.

—Dentro de nueve minutos exactos pasará por la plaza que queda a dos calles de aquí.

—Saldremos por el conducto que cubren esas cajas. Vaya usted apartándolas mientras me pongo esto.

Después de señalar la pila de cajas que Henry debía apartar, se alejó unos pasos.

—¡Quieto! —ordenó Henry.

—Iba a coger aquella ropa —señaló el paquete que había sobre unas cajas en el lado opuesto del sótano.

—Sin separamos uno del otro —contestó Henry.

El paquete contenía un buzo, un impermeable y un sombrero flexible, también contra la lluvia. Después de examinar todas las prendas, Henry lo autorizó a que las tocara.

Atropelladamente, Gu Van Nen se enfiló el buzo, y sin terminar de correrse la cremallera, se puso el impermeable y se encasquetó el sombrero.

—¿Es para no estropear el uniforme… o para evitar que sus compatriotas le reconozcan? —preguntó Henry.

Vestido de militar, el americano creía recordar su figura de cuando ocupaba un alto cargo. Era de las que siempre aparecían en primer término en las fotografías de Prensa.

Gu Van Nen no contestó. Cada vez parecía más nervioso.

—¡Quitemos las cajas! ¡En cinco minutos podemos llegar a la

plaza que usted dice! ¡Ayúdeme!

Las cajas estaban vacías. Al quitar la última apareció una trampa. Pero la madera estaba hinchada por la humedad y no podían despegarla del marco.

—¡Espere! —dijo el vietnamita.

En su mano derecha apareció un cuchillo. Introdujo la punta en la juntura que formaba la tapa y el marco, y empezó a rascar todo el recuadro.

—A ver ahora —dijo, dejando el cuchillo en el suelo.

Entre los dos levantaron la tapa y el subterráneo disparó una tufarada de tierra podrida.

Había una escalerilla de madera. Van Nen iba a descender cuando Henry dijo:

—Espere. Bien está el primer error.

Y lo cacheó. Gu Van Nen puso un gesto como de ofendido. Henry señaló con el pie el cuchillo.

Los ojos del vietnamita acentuaron su brillo y trató de esbozar una sonrisa, azorado.

Henry se guardó el cuchillo, y dijo:

—Eche delante. Y no olvide que en todo momento tendrá contra su espalda el cañón de la pistola.

El subterráneo conducía a una casa que daba a una callejuela. Ya fuera, Henry reconoció la calle, por haber pasado por allí varias veces, un rato antes.

—¿Cuánto tiempo ha transcurrido? —preguntó Gu Van Nen, con gran ansiedad.

—Veintiún minutos exactos.

—¡Hemos hecho tarde! —dijo, abrumado.

—No se preocupe —contestó Henry, sonriendo.

Llegaron a la plaza en el momento en que se cumplía un turno de quince minutos. Asomaron en el momento en que el coche se acercaba a la bocacalle.

Gu Van Nen llevaba el ala del sombrero inclinada sobre los ojos. Las solapas del impermeable las tenía levantadas. Usaba lentes.

—Al hospital —dijo Henry al conductor.

Durante el recorrido, el que conducía no cesaba de mirar por el espejo retrovisor, tratando de verle la cara a aquel viajero que parecía desfallecido, o mortalmente herido, tan inclinada llevaba la

cabeza.

Henry se divertía viendo la curiosidad del conductor. «¡Si supieras a quién tienes a tu espalda, conducirías con escalofríos, esperando la cuchillada!», comentó para sí.

Ya el coche en el jardín del hospital, Gu Van Nen pareció revivir. Y cuando el vehículo se detuvo junto a la escalinata, se advirtió que daba un largo respiro.

Se apearon. Henry cogió unos momentos aparte al conductor.

—¿Debo esperarles, capitán?

—No. Dile al inspector Hoyt cómo te ha ido el viaje. De parte mía comunícale que el «nuevo pasajero» desea hablar con el coronel Bowman. Si tenemos suerte de que todavía se encuentra en la capital, que venga cuanto antes, o que me dé instrucciones.

Gu Van Nen aguardaba al pie de la escalinata. Henry se le acercó, dándole un toquecito en el brazo.

—Cuando quiera, coronel.

Comenzaron a subir los peldaños. El conductor se sentó al volante rumiando:

—¡Ha dicho coronel!

CAPÍTULO VI

El coronel vietnamita permanecía en una habitación perfectamente vigilado.

—Aquí tiene medios para asearse —le dijo Henry.

Eso fue lo primero que hizo Gu Van Nen: proceder a que su uniforme quedara incólume. Con mucho cuidado se cepilló la guerrera, que dejó sobre el respaldo de una silla. Luego fue al tocador, para disimular lo más posible las huellas de golpes. Se peinó con mucho cuidado, se puso la guerrera, con un trapo sacó brillo a las condecoraciones y empezó a pasear.

En la habitación del soldado, Cowan se encontraba Nidie cuando Henry apareció.

El herido se hallaba sentado trente al ventanal y la muchacha a su lado.

Los ojos de Nidie resplandecieron al aparecer Henry. El resultado de su misión no parecía preocupar a la muchacha en aquel momento, sino que para sentirse contenta le sobraba con que el oficial estuviese de vuelta.

Le dijo, al verle:

—¡Por fin! —Y fue a su encuentro—. ¡Nadie debió admitir su descabellado plan! Me he estado reprochando no haber ido, en vez de usted.

—Si el plan era absurdo, ¿para qué tenías que ir tú?

—Se padece menos actuando que permaneciendo a la espera, en lugar seguro.

Henry se acercó al herido.

—¿Qué te parece la señorita Sarbin? ¿Verdad que es bonita?

—Mucho —contestó Cowan, azorado—. Y muy valiente… Me ha contado su problema. Que una hija quiera así a su padre, está muy bien. ¡Ojalá pudiera yo ayudarla! Mañana ya me permitirán salir.

—Salvo que haya órdenes en contra —dijo Henry—. No por tus

heridas, que ya parecen fuera de complicaciones.

—¡Yo me encuentro bien! Estoy comiendo a dos carrillos y pronto habré recuperado todas mis energías.

—Celebro que sea así porque de un momento a otro se puede terminar mi permiso.

—¡Iré a la base con usted!

—¡A saber a dónde me destinarán!

La conversación la había iniciado con Cowan intencionadamente para ver si Nidie daba señales de impaciencia. Pero la muchacha no parecía nada preocupada por conocer el resultado de la salida de Henry.

—¿No me preguntas cómo me ha ido? —Tuvo que decir él, desentendiéndose de Cowan.

—Me basta con saber que ha regresado —contestó Nidie.

Henry dejó sobre una mesita el cuchillo y la pistola del coronel.

—Eso lo tenía Gu Van Nen —explicó.

Con naturalidad, ella manifestó:

—Ya ha dejado de respirar ese malvado.

—¿Qué supones?

—¿No ha luchado contra él?

—Bueno, no puede decirse que solamente hayamos hablado… Pero el coronel no está muerto. Goza de muy buena salud. Se halla un poco asustado, pero nada más. Ha venido conmigo.

El estupor se reflejó en el rostro de Nidie.

—¿Ha podido capturarlo y traerlo hasta aquí?

—Él me ha pedido un refugio seguro. ¿Quieres verlo?

—¡No! —exclamó Nidie, con odio y repugnancia.

—Está muy presentable: con uniforme y condecoraciones.

Se sentó cerca del ventanal y refirió cuánto había ocurrido. La promesa de que entregaría los documentos no afectó a la muchacha.

—Todo parece que va por buen camino —concluyó Henry.

—¡Evite caer en una trampa, capitán! —prorrumpió Nidie.

—Tengo la impresión de que ahora Gu Van Nen no tiene más remedio que cumplir lo que ha prometido. Esperemos a que llegue el coronel.

Eso ocurrió una hora más tarde. Llegaron el coronel Bowman y el inspector Hoyt.

Después que Henry les hubo informado de lo ocurrido en la

entrevista con Gun Van Nen, el coronel Bowman manifestó:

—Haremos como usted me ha sugerido, inspector. Que se registre la conversación que yo tenga con él.

—Para una situación como ésta —dijo el del Servicio Secreto—, hay aquí unos departamentos con la instalación preparada.

—Usted estará conmigo, capitán —dijo el coronel.

—Quizá convendría que la señorita Sarbin estuviera con el inspector, oyendo la declaración de Van Nen, por si mintiera sobre los documentos.

—De acuerdo —contestó el superior, después de mirar interrogativo al inspector Hoyt.

Henry se alegró de que accedieran. Lo que él buscaba era algo más que comprobar la veracidad de lo que revelara el vietnamita.

Un rato más tarde, Henry entraba en la habitación de Gu Van Nen.

—El coronel Bowman lo está aguardando.

—¡Ha tardado mucho! —exclamó, nervioso.

—El coronel tenía otras cosas más urgentes que hacer que venir a escucharle.

Al llegar a la habitación donde aguardaba el coronel Bowman, el vietnamita saludó militarmente, exagerando la actitud de firme.

El coronel Bowman correspondió de muy mala gana, y al instante miró para otro sitio.

Apenas se sentaron alrededor de una mesa, en la que estaba disimulado un micrófono, el coronel americano invitó al vietnamita:

—Puede empezar.

Gu Van Nen señaló a Henry.

—¿Es que él se queda?

—¿Y por qué no?

—¡Tengo muchas quejas contra su subordinado, coronel Bowman! ¿Ve usted mi cara?

—¿Es que se ha caído? —preguntó Bowman, forzando un gesto serio.

—¡Me ha golpeado!

—No debe quejarse. El capitán se encuentra con permiso y otro en su lugar quizá lo hubiera matado para presentarlo al «actual» Gobierno y cobrar la recompensa. ¿Sabe que esta mañana esa recompensa ha sido aumentada? Se acaba de descubrir un complot

para derribar este Gobierno. La maniobra ha sido desarticulada antes de que entrara en acción. Y a usted se le cita como uno de los principales cabecillas.

Gu Van Nen había ido cambiando de color.

—¡El capitán me ha dado su palabra de honor de ponerme bajo la protección de ustedes!

—Yo no he dicho que vayamos a entregarlo a sus compatriotas. Eso dependerá de lo que usted nos revele.

—¡Si se volvieran atrás de protegerme, nada conseguirían! Porque para encontrar los documentos que a ustedes interesan, he de estar yo presente. Fui yo, personalmente, quien los escondió, junto con… otras «cosas» de mi pertenencia.

—¿Acaso dinero y joyas? —preguntó el coronel, sin mirarlo.

—¡A ustedes solamente deben importarles los documentos que yo saqué del archivo!

—¿Entre esos documentos figuran los recibos del padre de la señorita Sarbin? —preguntó Henry, sin pedir permiso a su superior para intervenir.

—¡Sí! Están los recibos que justifican que el señor Sarbin entregó a nuestro departamento de policía el dinero que se le pidió para determinados «sondeos» en el bando enemigo.

—¿A cuánto asciende la suma entregada por el señor Sarbin? —siguió preguntando Henry.

—Alrededor de veinticinco mil dólares.

—¿Cómo recuerda una cantidad tan insignificante, teniendo cosas de más importancia…?

—Sé la cifra entregada por cada uno de los que actualmente se hallan bajo la acusación de desfalco. —Y se puso a dar nombres, acompañándolos de números.

Henry miró al coronel Bowman como pidiendo disculpas por su intervención y dando a entender que de momento él había terminado con Van Nen.

El superior lo entendió y se dirigió al vietnamita.

—¿Lo ocultó aquí en Saigón?

—No. Cuando derribaron nuestro Gobierno —y se quedó mirando fijamente al coronel para indicarle que consideraba a los americanos los principales responsables de la caída de ese Gobierno—, yo ya estaba prevenido. Con dos horas de anticipación salí en

helicóptero. En determinado punto tenía a un batallón que días antes yo mismo me había encargado de desplazar de la capital. Esas fuerzas siguieron adictas a mi Gobierno por varios días. ¿Ya no recuerdan quién capitaneaba ese batallón?

—Usted —contestó el coronel.

—Efectivamente. Cuando lo consideré oportuno licencié la tropa. Para entonces ya había yo escondido los documentos y mis «cosas» en determinado punto.

—¿En algún pueblo? —inquirió Bowman.

—No. —Van Nen se quedó callado, recreándose en la impaciencia que suponía en los dos americanos—. En ningún pueblo.

—Entonces tendremos que recurrir a un mapa.

—Es innecesario un mapa —contestó el vietnamita—. Aquí hay quien conoce ese sitio perfectamente. ¿Qué tal, capitán *Spray*? ¿Cómo le fue en la colina
F-4?

Hizo efecto. El coronel Bowman y Henry se miraron, estupefactos.

—¿Quiere decir que en esa colina…? —empezó el coronel, con tono de incredulidad.

—¿Por qué iba a recibir el capitán *Spray* la orden falsa de ocupar una posición que hacía unos días ustedes decidieron abandonar sin lucha?

Henry, apretando la mandíbula, se quedó mirando a Van Nen. No pudo contenerse y le espetó:

—¡Menos mal que lo sé ahora! De conocer en el sótano que usted era el culpable de que yo llevara a mis hombres a la muerte…

—Tengo entendido que murieron pocos. Casi todos desertaron —replicó Van Nen, mordaz.

—¡Perdí al sargento Frost, que además de ser un admirable soldado, era un gran amigo! ¡Van Nen, no sé qué daría por tener otra vez la oportunidad de golpearle la cara!

—Calma, capitán —intervino Bowman. Y mirando al vietnamita —: De modo que la falsa orden la fabricó usted.

—La impetuosidad del capitán no me ha dejado terminar —dijo el vietnamita, divertido por el furor de Henry—. Yo había conseguido algunos papeles con el membrete de su unidad, coronel

Bowman. También de otras bases. En la clandestinidad hay verdaderos artistas para copiar sellos e imitar firmas. Esos papeles estaban ya sellados y firmados, a la espera de que llegara la necesidad de desplazar a paracaidistas y grupos de tanques a pimíos alejados. ¿Por qué no, coronel Bowman? Unas horas de confusión en ustedes cuando los míos estuvieran preparados nos habrían permitido recobrar el poder. Cuando ustedes fueran a darse cuenta, ya todo había concluido. Y no tendrían más remedio que reconocer a nuestro Gobierno…

Se interrumpió, poseído por la cólera.

—¡Dos errores graves he cometido en mi vida! —prosiguió Van Nen—. El primero, confiar en ustedes, creer que ustedes no permitirían el derrocamiento de un Gobierno que nunca les ofreció dificultades. El segundo, error confiar en una mujer como Yenshi, quien me lo debía todo.

—¿Fue ella quien circuló la falsa orden? —pregunto Henry.

—Ella en combinación con uno de ustedes.

—El soldado Ewing.

—Sí. Yenshi sabía por mí que todo lo había guardado en la colina

F-4.

Pero el sitio exacto donde lo escondí lo desconocía, afortunadamente. Eso, más lo que ocurrió a ustedes apenas ocuparon la colina, impidió que Ewing diera con el sitio.

Lo que sucedió fue que se arrancó a llover torrencialmente. Y que cuando más fuerte era el temporal, se vieron cercados por fuerzas del Vietcong.

Así y todo, Henry no estaba tranquilo en cuanto a los documentos.

—Ewing ha podido volver. La colina está abandonada. ¿No es cierto, coronel?

—La mantuvimos unos días, después que usted se retirara. Se corría el riesgo de otro cerco.

Siguió un silencio. El coronel y Henry estuvieron mirándose unos instantes, como cambiando impresiones… Los dos al mismo tiempo observaron al vietnamita.

Gu Van Nen se había puesto a pasear, muy erguido, pisando fuerte, el gesto divertido.

—Parece usted seguro de que vamos a aceptar ir a la colina —dijo el coronel.

—¿Por qué no? No se trata de conquistar una posición que pudiera favorecer a mi pueblo —replicó, mordaz—. Es el «honor» de unos cuantos compatriotas de ustedes el que está en juego. ¿Por qué cree que me preocupé de esos documentos? A mí no podían servirme de nada… como no fuera si llegábamos a una situación como ésta. Yo necesito mis «cosas» y salir del país. Ustedes precisan de unas pruebas que ponga de relieve la integridad de algunos funcionarios estadounidenses. ¿Comprende, coronel?

—Astuta jugada, coronel Van Nen —reconoció el norteamericano.

El vietnamita observó a Henry.

—¿Usted qué opina, capitán?

Henry, sonriendo, contestó:

—Que estoy dispuesto a volver a esa colina.

—Conmigo.

—Desde luego.

En varios coches se trasladaron a la base del coronel Bowman. Iban fuerzas escogidas, de reconocida lealtad hacia los americanos.

Nidie, el soldado Cowan y el periodista Dave Nack también fueron llevados a la base.

La muchacha apenas había podido cruzar la palabra con Henry, desde que terminó la entrevista con Van Nen.

—¿Qué le ha parecido el capitán, señorita Sarbin? —le preguntó el inspector Hoyt—. Se ha elogiado la astucia de Van Nen. Pero ¿qué ha hecho nuestro capitán?

Nidie no supo qué contestar, tan emocionada estaba.

—Nos pidió que usted estuviera junto a mí, oyendo lo que hablaban —continuó el inspector—. Para comprobar la veracidad de las palabras de Van Nen. ¡Menudo zorro! Usted ya no precisa de los documentos para librar a su padre de un proceso. El capitán ha procurado que Van Nen precisara nombres y cifras. Todo eso está registrado en la cinta.

—Pero no tendrá valor ante el juez.

—¿Por qué no? La escena tiene demasiada veracidad para que se sospeche que ha sido preparada. Además, nadie se atrevería a dudar del coronel Bowman.

En la base, Henry permanecía muy ocupado, preparando la operación que debía efectuarse al día siguiente. Los partes meteorológicos eran los que tenían la palabra. El temporal de lluvias se había permitido una ligera pausa.

Anocheciendo, los helicópteros ya estaban preparados. A la hora de la cena, Nidie pudo ver a Henry. El coronel Bowman los había invitado a su mesa. También estaban el inspector y el periodista.

—Como podrá usted comprobar —dijo el coronel al corresponsal —, no tememos la publicidad, señor Nack… Consiento en que usted vaya en la expedición.

—Y le quedo muy agradecido, coronel.

—Puede usted informar libremente sobre nuestra moral.

El periodista miró condolido al coronel.

—Siento mucho que mis reportajes no hayan sido interpretados en su verdadero sentido. Nunca he puesto en duda la moral de nuestros soldados. Es el escenario en que se mueven el que da esa impresión de derrota. ¿Cómo no tiene que ser así, cuando acabamos de dejar una capital como Saigón con las calles invadidas por los tanques?

Era verdad. Los golpes militares entre los survietnamitas se efectuaban en serie.

—Las armas que les proporcionamos sirven para que combatan unos a otros, sin más fin que ocupar el poder —siguió Dave Nack, con gesto sombrío—. ¡Esto es un barrizal! ¿Cómo salir de él?

Siguió un silencio. Dave Nack, recordando la réplica de Henry en el hotel, cuando se planteó la misma cuestión, se apresuró a decir:

—No pretendo desmoralizar a nadie. Estoy y seguiré con ustedes hasta que una bala me alcance o veamos el fin de esta situación…

Enseguida cambió de tema. Refirió algunas anécdotas que le habían ocurrido en su profesión de corresponsal.

La conversación fue animándose. Cuando llegó el momento de levantarse de la mesa, dijo el coronel:

—Sobre las condiciones que el coronel Van Nen me ha propuesto, la respuesta que he obtenido del Mando es que se aceptan. Será llevado al puerto que él designe del Pacífico.

Henry, sin poder contenerse, declaró:

—No creo que llegue ese momento, coronel. Presiento que Van

Nen prepara otra jugada.

Todos se quedaron mirándole. Quien con más ansiedad esperaba que se explicara era Nidie. Pero Henry, después de aplastar el resto del cigarrillo sobre el cenicero, dijo:

—Puede que a fuerza de desconfiar de él, me esté ahora pasando de listo. Antes de acostarme iré a verle, si usted lo autoriza.

—Iba a pedírselo —contestó el coronel.

Ya fuera del pabellón, Henry y Nidie fueron juntos al dormitorio de las fuerzas auxiliares femeninas.

—¿A qué hora saldrán? —preguntó Nidie.

—Depende del tiempo. Los partes no garantizan todavía que mañana vayamos a tener un día despejado. Y entre hacerlo de día volando muy bajo, tal vez escojamos la noche. Al amanecer podríamos estar en las inmediaciones de la colina.

Le puso las manos sobre los hombros, y mirándola muy de cerca, envueltos los dos por la oscuridad, dijo:

—Tú ya no tienes por qué preocuparte. Vete a descansar. Puede que cuando despiertes ya haya llegado aquí la noticia emitida por nosotros de que el objetivo se ha cumplido.

—¿Dejarán enseguida la posición?

—Nada tendremos que hacer allí.

Iba a soltarla, pero ella hizo un movimiento, pegándose a él.

—¡Béseme!

Fue ella misma la que salió al encuentro de la boca de Henry. Besándolo, seguía estrechándose contra él, como queriendo comunicarle el fuego que en aquel momento encendía su sangre.

Al separarse, Henry la miró como si acabara de descubrir un prodigio.

—¡Y yo dije que dabas frío!

Nidie, mientras retrocedía poco a poco, de espaldas al pabellón de las mujeres, murmuró:

—Es que ahora… yo no me defendía.

Sé volvió y casi corriendo se dirigió al pabellón.

Al amanecer llegó a la base el parte de los helicópteros.

«Tropa desembarcada. Emprendemos vuelo de regreso. Todo normal».

Todo, excepto los nubarrones que amenazaban el día. El coronel Bowman estuvo presente en el momento en que los helicópteros

emprendían el vuelo. También el inspector Hoyt.

Los dos se metieron en el despacho del coronel dispuestos a esperar. Cuando iban por la tercera taza de café, llegó el parte.

—¡Bien! —exclamó el coronel.

En ese momento entró una joven teniente que prestaba servicio en Sanidad. Venía muy afectada.

—¿Qué ocurre? —preguntó el coronel.

La joven no tenía aliento para explicar lo que sucedía.

—¡Cualquiera diría que el Vietcong se ha metido en su pabellón! —dijo el coronel, con aire de broma, pero intrigado.

—¡La señorita Sarbin no aparece!

—¡No!

El coronel y el inspector se levantaron, los dos muy afectados. Se dio la señal de alarma.

Pero en vano buscaron. Cuando el coronel y el inspector regresaron al despacho, ya estaban convencidos de que Nidie había salido con les expedicionarios.

—¿Lo planearía el capitán *Spray*? —se preguntó el coronel, a punto de estallar en cólera.

—No creo —contestó el inspector—. Lo que sí es muy posible es que Nidie y el periodista estuvieran de acuerdo.

El coronel dio con los puños sobre la mesa, haciendo saltar las tazas.

—¡Pero esto es una operación militar, no civil!

El coronel se sentó y apoyó los codos sobre la mesa. Dio una voz, llamando al ordenanza.

—¡Busquen conexión con el capitán *Spray*! ¡Díganle que en el grupo va una mujer! ¡Y que espero una inmediata respuesta!

—¡A la orden, señor!

Transcurrió mucho tiempo hasta que se estableció el contacto. Para entonces ya se había arrancado a llover.

—¿Qué noticias trae? —preguntó al sargento de comunicaciones.

—El radio operador dice que ignora que vaya una mujer en el grupo.

—¿Y el capitán?

—El radio dice que desde que tocaron tierra, el capitán se ha separado del grueso de la fuerza, para explorar, y que todavía no ha

regresado.

CAPÍTULO VII

Era una lluvia fuerte, espesa, algo que convertía el hondo desfiladero en la vaina de una gigantesca espada.

La silueta de las próximas montañas casi desaparecía gorrada por el trémulo cortinaje.

Desde lo alto de la colina F-4, varios ojos escrutaban aquel principio de torrente.

Rápidamente se habían improvisado chabolas, utilizando restos de las que fueron destruidas durante la noche de la deserción.

Los parapetos se hallaban ya en condiciones de resistir cualquier avalancha del enemigo. Las armas estaban emplazadas hacia las vertientes.

La colina había quedado al mando del teniente Herriger. Era la primera vez que pesaba sobre sus hombros tanta responsabilidad, y estaba algo nervioso.

—¿No se ve al capitán? —preguntó el periodista.

—No se ve a nadie allá abajo —contestó el teniente.

—¿Estarán ya en el desfiladero que señaló Van Nen?

—Tal vez. Pero creo que el capitán ha confiado demasiado en ese hombre.

—Su capitán no es tonto —replicó el periodista.

En ese momento el teniente se volvió, mirando hacia la boca de una cueva que había en el centro de la posición.

—¿Qué significa ese humo?

—Hemos intentado encender fuego —contestó el periodista—. Pero sólo se ha logrado hacer humo. Los leños están muy mojados.

El teniente se quedó mirando al periodista con inquina:

—Lo del fuego, ¿ha sido para atender a la señorita Sarbin?

—Oh, no. Esa muchacha no pide nada. Ha sido que yo le he preguntado al soldado Cowan: «¿Podríamos calentar un poco de

café?». Eso ha sido todo.

El teniente volvió a mirar al valle.

—¡Cuando el capitán sepa que esa mujer está con nosotros…!

—Protestará, eso es seguro —contestó el periodista—. Pero en el fondo se alegrará, como se alegra usted y cuantos estamos aquí.

—¿Yo me alegro?

—¿Por qué no? Esa muchacha representa una conexión con la vida, con la belleza. Usted no tiene idea de lo que una mujer bonita puede influir en una colectividad de hombres. Es la chispa que mueve el motor. Todos carburarán estupendamente, ya verá.

Habían transcurrido más de dos horas desde que Henry, acompañado del coronel Gu Van Nen y de cuatro soldados, se habían separado del grueso de la fuerza.

La lluvia seguía con la misma intensidad del principio.

—La lluvia puede ser una ventaja —comentó el periodista, ya en la cueva donde se encontraban Nidie y el soldado Cowan—. Impide que a corta distancia la visibilidad sea perfecta.

La muchacha, vestida de soldado, permanecía sentada en la entrada de la cueva, la mirada fija en el valle donde suponía que se encontraba el grupo de Henry.

La tranquilizaba que sobre el fragor de la lluvia no hubiese destacado todavía ningún disparo.

—¿Por qué no habrá querido el capitán que los acompañara más gente? —preguntó Nidie.

—Tal vez porque recela una emboscada —contestó el soldado Cowan.

Así era. En todo momento, durante aquella absurda marcha a que se habían dedicado desde que abandonaron el helicóptero, Henry había estado esperando la aparición del enemigo, situado en posición ventajosa.

Van Nen se extrañó al principio de que Henry llevase tan poca custodia.

—Tendré que darle las gracias por la confianza que usted demuestra tener en mí. ¿No teme que lo lleve a un cepo?

—Todo lo espero. Pero no olvide que el primero en caer será usted.

—¿Piensa usted que los que se han quedado atrás escaparían?

—Tienen orden mía de ocupar la colina y de no moverse de allí

como no sea para ir de nuevo a los helicópteros que los tendrán que recoger.

Van Nen intentó burlarse.

—¡Valiente táctica! Para eso no valía la pena traer tanta gente.

Henry no contestó. Durante un largo rato, bajo la lluvia, no hicieron más que caminar, observando el perfil de las montañas.

—No es aquí —decía Van Nen.

Ni una sola vez protestó Henry. A media mañana. Van Nen declaró:

—Estoy desorientado.

Se quedó esperando la reacción de Henry. Éste se mostró tranquilo.

—Es la lluvia la que lo desorienta. Sería mejor que nos repleguemos a la colina.

—¡Perderíamos mucho tiempo!

—¿Y no es lo que usted quiere? —replicó Henry.

Quedaron mirándose. Los rostros asomaban apenas bajo el capuchón del impermeable.

—¿Yo iba a querer perder tiempo? Soy el que más puede perder, si vinieran los guerrilleros.

—De eso todavía no está usted convencido. De lo contrario, habría obrado de otra forma.

—¡He ido directamente al lugar que yo creía estaban enterrados los valores!

—Miente, Van Nen —dijo Henry, con impresionante frialdad—. El venir por aquí está hecho con el propósito de que alguna partida de guerrilleros nos sorprenda. Usted se había hecho la cuenta de que iríamos todos por dónde usted señalara. Pero eso le ha fallado. Los que están en la colina no serán sacrificados, de eso puede estar seguro. Ni usted cantará victoria, porque ya le he dicho para quién será el primer disparo.

Y movió la mano izquierda que mantenía en el bolsillo del impermeable, dándole a entender que empuñaba una pistola que en todo momento había estado apuntándole.

Van Nen se frotó el rostro, lleno de agua y sonrió.

—Usted gana. Vayamos a la colina. Es allí donde guardo todo.

Emprendieron el regreso. Al llegar a las rocas que había en la base de la colina, Van Nen hizo la señal de detenerse.

—Es por aquí.

Muy cerca pasaba el río que había formado la lluvia. Van Nen pareció vacilar, mirando por los alrededores.

Apoyó un pie sobre unas puntas de roca que formaban corona, y dijo:

—Aquí.

Henry hizo una seña a dos subordinados que iban provistos de un pico, y donde señaló el vietnamita empezaron a excavar.

Los otros dos soldados y Henry permanecieron alerta.

—¡Capitán! ¡Mire allí! —indicó un soldado.

Señalaba la ladera que tenían enfrente, llena de peñascos. Varios proyectiles intentaron cortar el cortinaje de lluvia. Uno de los soldados que manejaba el pico emitió un grito y soltó la herramienta, para aplicarse las dos manos al costado izquierdo.

Las manos se le llenaron de sangre que la lluvia no conseguía borrar.

Van Nen, mortalmente pálido, gritó:

—¡Vámonos arriba, capitán! ¡Todo está en la cima! ¡Los guerrilleros han caído en la trampa!

Procedieron al repliegue. Apenas llegaron al primer parapeto, Henry cogió del pecho a Van Nen.

—¡Cochino traidor!

—¡Se equivoca, capitán! ¡Yo lo que buscaba era que el enemigo se descubriera!

—¡No! ¡Usted buscaba que toda la compañía se metiera en campo comprometido! ¿Es eso lo que tenía convenido con los guerrilleros?

Van Nen no contestó. Desde arriba, las ametralladoras batían la vertiente de donde salieron los disparos.

—¡Ay de usted como se dé un golpe de pico en falso!

Siguiendo el reguero del encharcado parapeto, llegaron a la cima. Pasaron junto a la cueva donde se encontraban Nidie y el soldado Cowan.

La muchacha permanecía con el capuchón del impermeable caído sobre el casco, la cabeza inclinada, por miedo a que Henry dirigiera la mirada a la cueva y la reconociera.

El periodista entró en la cueva, apenas pasaron Henry, Van Nen y los que les acompañaban.

—¡El capitán muerde rayos! Como el vietnamita intente otra treta, le volará la cabeza.

—¿No han encontrado nada? —preguntó Cowan.

—Van Nen dice que ahora indicará el sitio verdadero. Mejor para él si no miente.

Nidie se decidió a salir de la cueva, para ir con el periodista al sitio donde Van Nen acababa de detenerse. Cuando llegó la muchacha los picos ya habían practicado un boquete al pie de un peñasco situado casi en el centro de la colina.

Un pico dio contra una caja de hierro. Cuando la extrajeron, fue abierta a golpes, ya metidos en una cueva.

Apareció una bolsa de cuero, y dentro de ella, un paquete formado con telas y papel engrasado.

En una bolsa de plástico aparecieron los documentos. En otra, fajos de billetes americanos y joyas.

—¡Eso es de ustedes! —dijo Van Nen, como poseído por la embriaguez—. ¡Esto es mío!

Y se dispuso a coger el dinero y las joyas. Antes de tocarlo se detuvo, atemorizado, creyendo que Henry iba a oponerse. Pero el oficial no le prestó atención.

Al tiempo que Henry abría la bolsa donde estaban los documentos, reparó en un inquieto soldado que permanecía en la entrada de la cueva, con la cabeza inclinada.

A su lado estaban el periodista y el soldado Cowan. Henry adivinó de quién se trataba. Y no se inmutó.

Se acercó a Nidie y le ofreció los papeles.

—Te pertenecen.

La muchacha levantó el rostro. Lo tenía mojado por la lluvia.

—¡Pero usted no debe pensar que yo he venido por esto! —exclamó, angustiada—. Estaba preocupada por la suerte que iban a correr todos ustedes.

Afuera acababan de oírse los estallidos de proyectiles de mortero.

—No es momento de hacer reproches —replicó Henry.

Indicó a Cowan que se hiciera cargo de Nidie y del periodista. Los tres regresaron a la cueva donde estuvieron al principio.

En la que se había abierto la caja, quedaron solos Van Nen y los dos soldados de guardia.

El teniente se sintió muy tranquilo al ver que Henry tomaba el mando de la posición. Los disparos de mortero habían salido de detrás de un montículo situado al norte, mientras que las descargas de ametralladora se produjeron en una vertiente del sur.

—Ya tenemos el cerco de la otra vez —comentó Henry, sin parecer importarle demasiado.

—¡Capitán! —dijo el sargento, acercándose muy afectado, con los prismáticos en las manos—. Me ha parecido ver… ¡Es mejor que lo compruebe usted!

Fueron al parapeto que daba a la vertiente.

—¡Mire junto a los peñascos donde antes hirieron a uno de los nuestros! —indicó el sargento.

Había tres cuerpos tendidos. Dos eran guerrilleros y estaban muertos. Pero el que llamó la atención del sargento fue el otro, que llevaba pantalón militar, impermeable como los que usaban los norteamericanos, y que permanecía tendido de costado, recibiendo en el pecho lleno de vendas el ametrallamiento de lluvia. Mantenía la cara vuelta hacia lo alto de la posición y de vez en cuando movía un brazo.

—¡Es Ewing! —exclamó Henry—. ¡Nos pide ayuda!

—¿No será una trampa a que se habrá prestado ese renegado? —sugirió el teniente.

Henry sonrió, sardónico.

—Me temo que ahora está tratando de escapar del cepo que nos tenía preparado. Algo quiere decirnos… Hay que salir por él.

—¡Pero ahí enfrente quedan enemigos!

—Formaremos una cortina de proyectiles tan tupida como la de la lluvia.

Lo consiguieron. Una avalancha de fuego salió de la colina y se volcó sobre la vertiente que ocupaban unos cuantos guerrilleros. El soldado Ewing fue colocado sobre una camilla y casi a rastras lo llevaron al primer parapeto.

De allí pasó a la cueva donde se encontraba Van Nen. Todo esto se hizo por orden de Henry, pero hasta el último momento él no apareció ante Ewing.

En el instante en que Ewing, por su propio pie, entraba en la cueva, Henry apareció. Y pudo ver el gesto de estupor que hizo Van Nen en el momento de aparecer Ewing.

—¡Capitán! ¡Ahí tiene al que quería exterminarles! —gritó el vietnamita.

Ewing se volvió y se encontró con la mirada fría de Henry.

—Quiero explicarle, capitán, que lo de aquella noche…

—¿Para qué perder fuerzas, Ewing? ¿No estás herido?

—Me hirieron aquella noche. Tuve que fingir que me pasaba a los guerrilleros.

Permanecía con los brazos colgando, empapado de agua. El vendaje que tenía en el pecho estaba sucio de barro y sangre.

—¿A qué se debe que junto a ti hubiera dos guerrilleros muertos?

—¡Yo terminé con ellos! Los tres nos acercamos a las piedras, para sacar lo que Van Nen busca… Pero yo lo que quería era pasarme a ustedes.

—¡Le miente, capitán! —gritó Van Nen—. ¡Él estaba de acuerdo con la maniobra que usted intuyó desde que bajamos de los helicópteros! Teníamos que colocar a toda la compañía en sitio comprometido para exterminarla. Luego yo debía indicar el sitio a los guerrilleros. A cambio de los valores, ellos me protegerían.

Ewing soltó una carcajada, como si hubiera enloquecido.

—¡Asqueroso reptil! —Fue acercándose a él—. ¡Si los guerrilleros te cogen, te van a descuartizar para tirar los pedazos en el centro de Saigón!

Fue acercándose a Van Nen. Henry no se movió.

—Los guerrilleros conocen todos tus pasos. Van Nen —siguió Ewing—. Como también conocían los míos… Yo me he llevado un doble juego, sabiendo que un día u otro se terminaría.

—¡Y te valiste de Yenshi para procurarte la retirada!

—Yenshi me lo propuso. Le dabas asco.

Ya estaba junto a Van Nen. Éste, mirando las manos de Ewing, gritó:

—¡Capitán! ¡Está armado!

Ya era tarde. Ewing acababa de sacar del vendaje un cuchillo. Por pronto que Henry se lanzó sobre él, para sujetarlo, el cuchillo ya se había introducido hasta la empuñadura en el vientre de Gu Van Nen.

—Esto es por Yenshi —dijo Ewing, tambaleándose.

Si Henry lo hubiera soltado, habría caído, como si ya se le

hubieran terminado las energías.

Gu Van Nen había quedado tendido, con la cabeza muy cerca de la caja de hierro donde guardaba el dinero.

Henry mandó que le quitaran el vendaje a Ewing y examinaran sus heridas. Entonces descubrieron que tenía dos heridas recientes, producidas por los guerrilleros. El sanitario que lo examinó quedó sorprendido por la actividad que Ewing había desarrollado desde que lo hirieron de muerte.

—He sabido que en el servicio de información actuaste de agente doble, con el consentimiento de nuestros jefes —le dijo Henry—. Yo no te culpo de que te buscaras una salida. Lo que considero imperdonable es que llevaras a la muerte a nuestra compañía.

—No, capitán —respondió Ewing—. Yo no sabía que los guerrilleros formarían el cerco apenas llegara la noche. Supe luego que Van Nen utilizó el servicio de información del Vietcong para revelar que esta colina era ocupada sin otro fin que desenterrar divisas. A mí me obligaron a que les señalara el sitio. Pero yo no lo sabía. Creía que estaba aquí arriba.

Sobre la caja de hierro había quedado una manta. El cadáver de Van Nen estaba también tapado.

—Tú buscabas aquí arriba —dijo Henry.

—No podía suponer que Van Nen enterrara todo al pie de la colina…

Henry comprendió que Ewing estaba convencido de que donde cavaron primero era el sitio. Los guerrilleros también debían creerlo.

Mandó que Ewing fuera trasladado a una chabola y advirtió a los que tenían que vigilarlo que no le dieran a entender que los valores ya habían sido recuperados.

—Cada vez que asome alguien en la otra vertiente, hay que disparar con más intensidad que si asoman por otro sitio. Tienen que creer que nos importa mucho que no se acerquen a aquellas piedras —fue la orden de Henry.

Recorrió todos los parapetos. De vez en cuando unas ráfagas de ametralladora batían el pie de la colina, donde las señales de los picos estaban dando una falsa referencia.

Le llamaron de la cueva donde se encontraba Ewing. Éste quería

hablarle.

—Diga al inspector Hoyt que se cuide… de los tres enlaces vietnamitas que envió a Tam Ky… Trabajan para el Vietcong.

Ewing se acercaba a la muerte y parecía querer quemar sus últimos resuellos reivindicándose. Hizo comentarios sobre lo que había visto durante el tiempo que estuvo en poder de los guerrilleros.

Henry lo interrumpió para que le aclarara algo que no dejaba de intrigarlo.

—No sabiendo el punto exacto dónde estaba oculto el botín de Van Nen, ¿cómo pensabas localizarlo? Aun suponiendo que los guerrilleros no nos hubieran cercado a las pocas horas de tomar nosotros la colina, ¿crees que hubieras podido cavar en cualquier parte sin despertar sospechas?

—Van Nen engañó a Yenshi. Le dio un croquis de los parapetos… El más avanzado… en la parte sur… dónde está la primera ametralladora.

Fue detallando. Henry recordó entonces que apenas llegar a la colina, Ewing le sugirió que él podía quedarse con seis vietnamitas de las fuerzas populares, defendiendo aquel parapeto avanzado.

Con el pretexto de reformar la chabola de la ametralladora, estuvo hasta bien oscurecido removiendo el suelo.

Pero el temporal, y luego el cerco de los guerrilleros, le impidieron proseguir excavando.

Henry no estuvo presente cuando Ewing expiró. Afuera estaban estallando proyectiles de mortero, reforzando el estruendo de la fusilería y ametralladoras.

En un parapeto encontró a Nidie y al periodista, los dos mirando por las aspilleras que formaban unos pedruscos trabados con barro.

—¡Regresad a la cueva! —les ordenó Henry, cogiendo a la muchacha de un brazo—. ¿Entre los papeles están los que te interesan?

Ella se le quedó mirando con expresión triste y no contestó. Se soltó y corriendo fue a meterse en la cueva.

—¿Qué sucede? —preguntó al periodista—. ¿Acaso no están los recibos que se refieren a su padre?

Dave Nack hizo un gesto de resignación.

—Entiende usted de tretas cuando se enfrenta con el enemigo,

capitán. Pero de reacciones de mujer sabe usted un comino.

—¿Qué demonios tiene eso que ver ahora?

—Nidie no ha abierto siquiera la bolsa. Ni la ha mirado. Si se encuentra aquí es porque se considera obligada a correr el mismo riesgo que ustedes.

Henry fue en busca de la muchacha. La encontró sentada en el suelo, sucia de barro, la cabeza inclinada.

Se colocó a su lado y le cogió una mano.

—Perdona… Sé que te impulsa un noble deseo de aportar algo a nuestra lucha. Pero yo no quiero que se convierta en obsesión la idea de igualar a la joven vietnamita que se quemó viva.

Nidie levantó la cara, con una expresión de protesta.

—¡No es eso! ¡Yo quiero ayudar!

—Si no despeja el tiempo, tendrás ocasión de ayudarnos. Pasarás a la chabola sanitaria. ¿Sabes atender heridos?

—Cuando mi padre estaba en Saigón actué de enfermera una larga temporada.

La llevó al sitio destinado para posta sanitaria. Allí fue también el periodista.

Los taimados proyectiles de mortero buscaban cumbres y laderas, en un inútil esfuerzo de dejar clavados altos penachos de humo, que enseguida quedaban achatados, martilleados por la lluvia.

Por tres veces aparecieron líneas de guerrilleros intentando apoderarse de la vertiente que daba al falso sitio señalado por Van Nen.

Las tres veces se vieron obligados a retroceder.

A mediodía dejó de llover. El viento empezó a desgarrar el cielo gris.

La emisora de Henry no cesaba de emitir mensajes.

Una colosal masa de aviones apareció por dónde las nubes desgarradas formaban unas enormes fauces, mostrando el interior amoratado. Por allí, punteando el cielo, venía un enjambre de aparatos.

La colina se puso a disparar proyectiles de señales. Apenas estallaban, formaban columnas de humo, indicando a los aparatos los sitios que tenían que batir.

Empezaron las descargas de la aviación. Batían en círculo

cuantas alturas quedaban cerca de la colina. Luego dejaron que los proyectiles cayeran formando arco.

Quedaba una zona libre por dónde Henry y su gente emprendieron la retirada. Los guerrilleros que, apostados tras los peñascos, vigilaban la base de la vertiente sur, pudieron comprobar que los de la colina no descendían para proseguir la excavación iniciada horas antes. Esto pareció contentarlos.

Henry había instruido a su gente para que el repliegue no se convirtiera en un desastre. En el sitio donde desembarcaron al amanecer aguardaban los helicópteros.

Llevaban algunos heridos y éstos fueron los primeros que llegaron a los aparatos.

Se retiraban escalonadamente, siempre dejando una hilera de armas que hiciera frente al enemigo. De vez en cuando les llegaban rasantes cuchilladas de ametralladora…

—¡Valientes y tenaces! —comentó Henry, ya llegando a los aparatos, mirando hacia el barrizal donde los guerrilleros se habían apostado.

Fue de los últimos en subir al helicóptero. Al ir a sentarse cerca de la cabina de mando, vio al periodista y a Cowan inclinados sobre uno de los heridos.

Por las miradas asustadas que el periodista le dirigió, Henry adivinó lo que sucedía. Durante la retirada, Henry no había perdido de vista a Nidie. La había confiado a Cowan, ordenándoles que fueran de los primeros en subir al aparato.

Corrió hacia ellos. Y vio a Nidie con la cabellera rojiza pegada a las mejillas, mortalmente pálida, los ojos cerrados.

—¡Ya estábamos aquí, capitán… cuando se me escapó! —explicó Cowan.

—Vio que usted se había quedado demasiado atrás… —agregó el periodista.

Henry no los escuchaba. Ni se dio cuenta de que el aparato había emprendido el vuelo.

Empapada de agua, sucia de barro, sumida en la inconsciencia, a Henry le pareció de pronto más hermosa que nunca. Así, y no la muñeca de lujo que creyó ver en ella cuando la conoció. Le parecía que algo le alcanzaba de las llamas que consumieron a la joven vietnamita.

Tenía un disparo en el lado derecho, casi a la altura del hombro. El proyectil había salido.

Henry se encargó de cortarle el uniforme y de taponarle la herida. Luego, teniéndola tendida al lado, maquinalmente se puso a acariciarle el cabello.

El periodista se había sentado sobre la caja de hierro donde estaban los valores. La bolsa de los documentos seguía sin abrir.

Ya en la base, apenas todos los heridos fueron hospitalizados, Henry se dirigió al despacho del coronel.

Allí estaba el inspector Hoyt examinando los documentos.

—Me voy inmediatamente a la Embajada para que comunique esto a Washington —dijo el inspector—. El proceso contra los funcionarios entrará en una nueva fase. Tres cuartas partes aparecen libres de culpa.

—¿Está el padre de Nidie entre los inocentes? —preguntó Henry, como si en ello estuviera su futuro.

—Del señor Sarbin teníamos la certeza de que no era culpable. Pero él quería solidarizarse con sus compañeros… Y dejamos que las cosas rodaran.

Henry contrajo el rostro, en un acceso de cólera.

—¿Han consentido que esa muchacha arriesgara su vida?

—¡Tantos la arriesgan! —contestó el inspector—. Una vez le propusimos que entrara en el servicio de información y se negó. Sin embargo, pocas muchachas reúnen sus condiciones para ese trabajo: su temple, su serenidad… Cuando ocurrió lo de su padre vimos la oportunidad de aprovechar sus dotes…

Henry se puso a pasear, mojado y sucio de barro.

—¡Es terrible cómo llegan situaciones en que los seres más humanos se convierten en simples máquinas!

—¿Qué se le va a hacer, capitán? Lo que ahora importa es que la operación ha sido un éxito.

Siguió un silencio. Henry sacó un bloc y lo puso ante los ojos del inspector Hoyt.

—Ewing me confió esto… Parece que ustedes han admitido agentes vietnamitas que se llevan un doble juego.

Cuando el inspector leyó las notas, asintió.

—Al admitirlos ya sabíamos que corríamos ese riesgo. Pero estos agentes están vigilados por otros. De un montón de falsedades se

suele sacar alguna verdad. Gracias por esto, capitán.

—Con su permiso, coronel… —empezó Henry.

—Una buena ducha y ropa seca —contestó el mayor.

Una hora más tarde informaba detalladamente de todo lo ocurrido. Contra lo que esperaba, el coronel no le pidió ninguna explicación del por qué Nidie salió en el grupo.

Tan pronto hubo terminado su informe, preguntó:

—¿Sigo con permiso?

—Más aún: regresará a Estados Unidos. Aquí es usted ya demasiado conocido. En cualquier callejuela de Saigón habrá infinidad de cuchillos y armas de fuego esperándole. Regrese a la patria… Otras fuerzas están en camino para relevar a gente que tiene motivos para sentirse cansada.

A partir de entonces, Henry vivió pendiente del estado de Nidie. Cuando la muchacha empezó a recuperarse, él le dijo:

—Saldremos juntos hacia nuestro país. Dave Nack ya ha empezado sus reportajes, poniendo de relieve el barrizal en que todos nos movemos.

Pero Nidie no quería saber nada que no se refiriera a Henry y a su padre. Él lo entendió y dijo:

—Ya me he puesto en contacto con tu padre. Saldrá a recibirnos. En el trayecto hablaremos, para conocernos mejor…

—¿Conocernos mejor? —repitió ella, entornando los ojos, y sonriendo con malicia.

Cuando Henry se inclinó a besarla tuvo la sensación de que los dos quedaban envueltos por las llamas.

Tres días más tarde tomaban el avión en un aeródromo de Saigón.

En el aeropuerto había un gran despliegue de fuerzas. Las precauciones no podían ser más severas.

Uno de los que acudieron a despedirlos fue el corresponsal Dave Nack.

—¿Qué ocurre? —le preguntó Henry, aparte.

—¡Otro zafarrancho! Nuevo Gobierno…

—¿Para mejorar la situación?

El periodista movió los hombros. Luego, haciendo una mueca, manifestó:

—Algunos de los que ahora han conquistado el poder eran del

grupo de Gu Van Nen.

Henry quedó en actitud abatida.

—No entiendo…

—No debe preocuparse. Como usted me dijo cierta vez, a la vista de una batalla no debe pensar en otra cosa que en obedecer órdenes. No malogre las horas que la vida le ofrece. Tiene a la vista una sublime batalla. Y mire las órdenes que le dan los ojos de mando…

Se refería a Nidie, que desde la ventanilla del avión, observaba a los dos, afectada por el cambio de expresión que veía en Henry.

Se despidieron. Y cuando Henry estuvo al lado de ella, Nidie preguntó:

—¿Ocurre algo grave?

El aparato empezó a deslizarse. Henry, mirando los ojos grises de la muchacha, murmuró:

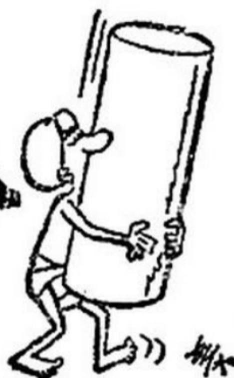
—Nada, querida…

Y mirándose, mientras se remontaban al espacio, lo olvidaron todo, creyéndose ellos solos, el uno para el otro, sin más órdenes que cumplir que las que sus impulsos dictaban…

FIN



EL YOGA





Usted quiere ser feliz; pero, ¿qué hace para conseguirlo? Probablemente, nada práctico. Le gustaría dominarse a sí mismo, eliminar sus alteraciones nerviosas, apartar ese cansancio que le deja la jornada de trabajo...

y tantas otras cosas



MARABU ZAS



EN HOLLYWOOD TAMBIEN SE MUERE

por

BURTON HARE

—¡Yo le enseñaré...!

Calló al disparar el primer puñetazo, que esquivé a duras penas. Sin embargo no era lo que parecía o jamás me hubiera permitido tanta soltura de movimientos.

Levanté el brazo izquierdo para esquivar el segundo envite y le clavé el puño derecho en el vientre.

Se dobló hacia adelante y aulló como una hiena, sin olvidarse de mencionar a mi familia. Eso, me disgustó, de manera que disparé la rodilla hacia arriba hasta que encontré su mentón. El hércules salió rolando hacia atrás y tropezó con la cristalera, lanzó un chillido y el gigantesco cristal se vino abajo.



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 -- BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 8 ptas. • Impreso en España - Printed in Spain